

Periodismo de Investigación



# Nuevas voces nuevos relatos

-2023-





Espacio Público es un centro de estudios independiente que busca aportar en la construcción de una sociedad más justa, transparente y democrática, que permita un desarrollo económico, social y político que beneficie a todas las personas.

[contacto@espaciopublico.cl](mailto:contacto@espaciopublico.cl)

[www.espaciopublico.cl](http://www.espaciopublico.cl)

# Índice



PRÓLOGO .....	4
HAY DÍAS EN QUE EL AIRE NO EXISTE .....	5
NO TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A ROMA .....	17
LA RUTA DE LOS VOLCANES .....	23

# Prólogo



Por Nieves Alcaíno, investigadora de Espacio Público

**H**ace siete años, Espacio Público sostuvo el primer intercambio y colaboración con periodistas independientes en Cuba, relación que dio paso a un proyecto de fortalecimiento democrático que permitiría, principalmente, capacitar a jóvenes en temas específicos de periodismo de investigación, lo que potenciaría también a los medios de comunicación independientes en Cuba.

Durante este tiempo hemos sido testigos del auge y posterior declive de los medios de comunicación independientes en Cuba. En los primeros años el escenario era esperanzador: el acceso a internet y su potencial entregó, sobre todo a los más jóvenes, un espacio para contar historias a su manera, dirigirse a distintas audiencias y producir nuevos contenidos en diversos formatos. Gracias a esta apertura, el ecosistema de medios de comunicación independiente vivió sus mejores años.

Con los años, la ilusión de contar con un periodismo independiente legal y seguro se fue apagando. Debido a una serie de factores, la crisis sociopolítica en Cuba fue escalando, acercándose e incluso superando el Período Especial. La pandemia por COVID-19 fue especialmente dura con la isla y afectó, además, el turismo, uno de los principales motores de su frágil economía.

La situación económica ha sido la razón principal por la cual, desde hace años, los cubanos eligen empezar desde cero en otro país, con todo lo que eso implica. En los últimos años, Cuba vive el éxodo más grande de su historia. Hay una frase que se repite regularmente: «Aquí todo el que puede se va». Antes, las personas que se iban tenían que enfrentar la soledad de dejar familia y amigos. Ahora la situación es la inversa. Es tanta la gente que sale, que quienes se quedan están cada vez más solos, por lo que muchos se preguntan sobre el futuro de su país, que se queda con una población que envejece.

Cuando iniciamos el proyecto actual, en 2022, la mayoría de los participantes seguía viviendo en Cuba. Entre quienes escriben en esta publicación, hoy solamente una lo sigue haciendo actualmente, pero también tiene planes de acceder a una visa que le permita salir lo antes posible.

A pesar de las complejidades, este grupo de periodistas logró sumergirse en los difíciles y desconocidos procesos migratorios. A través de sus palabras, compiladas en esta publicación, podremos adentrarnos en el escenario actual de esta crisis: cómo es salir del país, los desafíos y peligros de las entradas ilegales, y los problemas que dejan atrás quienes abandonan Cuba, especialmente aquellos relacionados con la salud.



# Hay días en que el aire no existe



Por Adriana Fonte Preciado

*y a punto de asfixiarnos,  
vagamos con la boca abierta  
y no encendemos ningún fuego,  
para no consumir el poco oxígeno  
que nos resta...*

**Roberto Juarroz**

**E**ra la madrugada del 13 de agosto de 2021 y los cuatro médicos de la sala de urgencias estábamos afuera del cuerpo de guardia. Sosteníamos la mirada en el inicio de la calle, con los ojos estirados, como quien espera que de pronto asome una esperanza.

Compartíamos el silencio. Luego de 48 horas de guardia médica solo aquello nos quedaba; no teníamos sueño ni apetito. Ya había pasado algo más de un año desde que los tres primeros casos de COVID-19 abrieron paso a la pandemia y yo esperaba para graduarme. El virus no solo mató gente, sino que también modificó vidas a su gusto. Cuando estaba a punto de comenzar mi Internado –el último año de la carrera de Ciencias Médicas–, ya el coronavirus estaba siendo noticia. En pleno auge pandémico me gradué y comencé a trabajar, sin distinción entre uno u otro momento, ni tiempo para recibir títulos. Se modificó mi calendario y cambiaron mis planes: no iba a tener una graduación, no rotaría por las diferentes salas hospitalarias, mis sueños de especialización se frustrarían y estaría desbordada en salas de urgencia, zonas rojas, vacunatorios. Los médicos nunca estuvimos confinados. Nuestra identificación nos permitía andar a pierna suelta por las negras avenidas de La Habana, ahora vacías, hundidas en la bruma pestilente de la muerte.

Aquella madrugada estábamos fuera los cuatro, esperando, arrepintiéndonos de haber elegido esa profesión. Estábamos quemados, marcados por el filo de tres nasobucos<sup>1</sup>, las gafas y una careta, que luego de días de llevarlos encima se volvían navajas sobre la piel. Poco nos importaba contagiarnos, el atuendo iba y venía mientras

nuestro cansancio empeoraba. Llevábamos casi un año pasando frío; durmiendo pocas horas recostados contra las paredes, en las mesas, sobre las sillas; comiendo mal; lidiando con jefes que jamás habían visto una muerte por coronavirus.

Pero esa madrugada era distinta, estábamos todos envueltos en un silencio terrible: eran las primeras 24 horas sin oxígeno en el hospital. Se había agotado la reserva y habíamos tirado las últimas horas con los cilindros que iban quedando. Por cada cinco pacientes con la saturación en picada, teníamos un botellón disponible. Cuidábamos cada gota de oxígeno, vigilamos por horas el temblor de la aguja hasta que, sin mucho que hacer, se recostó impávida sobre el cero. Mientras nos rotábamos para descansar, dilatando el tiempo, con los ojos puestos en la carretera, la gente se asfixiaba a nuestras espaldas. No había remedio. Inventábamos cualquier excusa para no verlo; los ojos de la muerte se aguantan un cierto número de veces, no más.

Luego de un mes de trabajar con lo mínimo de las reservas, no nos tomó por sorpresa. Habíamos visto caer uno a uno a países de más ingresos y en los grandes canales de televisión a los usuarios saturando las redes sociales con pedidos desesperados de oxígeno. La Organización Mundial de la Salud (OMS) había previsto que, a inicios de 2021, uno de cada cinco pacientes infectados con COVID podría necesitar oxígeno medicinal para sobrevivir. Se calculó que cerca de 1,5 millones de cilindros diarios serían suficientes para cubrir las necesidades de los países de ingresos bajos y medianos. Pero lo que la OMS no

<sup>1</sup> Sinónimo de mascarilla o cubrebocas.



imaginó es que ese año aparecerían nuevas variantes del virus, con la consiguiente alza en la gravedad de los casos. Pronto, la razón aumentó a tres pacientes por cada cinco. Para la fecha en que Cuba quedó en cero, ya otros países habían mostrado sus experiencias. Nacieron organizaciones solo para ayudar a los gobiernos a sobrepasar aquella pesadilla: el proyecto Respiratory Care Response Coordination fue el más prolífico, que incluía en su matriz a PATH (Program for Appropriate Technology in Health) y a Every Breath Counts, asociación público-privada que ayudaba en esta emergencia a países de bajos y medios ingresos. Pero esas organizaciones no tienen cabida en Cuba por razones políticas.

Sorteamos bastante bien la primera ola de casos. Sin embargo, no fue así con la segunda.

El reloj de la sala marcó las tres de la mañana. Por la calle oscura que daba al hospital subían las luces rojas y azules de una patrulla. Detrás venía un camión con cuarenta y cinco botellones de oxígeno medicinal, rodeado de cuatro motos policiales. El sonido de la urgencia despertó al personal sanitario. Todos nos espabilamos, nos pusimos los tres nasobucos que nos condenaban a una asfixia parecida y supimos, aliviados, que el próximo día vivirían, al menos, quince pacientes. Los elegiríamos basados en criterios totalmente subjetivos, violentando los protocolos ministeriales que, sin atinar a soluciones, cambiaban cada 24 horas: edad, patologías, niveles de saturación, que, a medida que los casos aumentaban por miles, se iban difuminando y nos ponían a señalar con el dedo, a ciegas, quién viviría y quién no entre dos personas en iguales condiciones. Por los meses que duró el pico de casos, los médicos concedíamos la vida y la muerte en un sentido más literal del que hubiésemos querido.

## CRONOLOGÍA DE UN DESASTRE

El domingo 15 de agosto al mediodía, el ministro de Salud Pública, doctor José Ángel Portal Miranda, compareció en televisión nacional para anunciar el déficit de oxígeno en la isla. La declaración fue catalizada por los crecientes reclamos de usuarios y profesionales de la salud en las redes sociales, con el 11 de julio<sup>2</sup> aún fresco y la situación política del país bastante tensa. El ministro dijo que se había acabado debido a que la planta de producción más importante del país había colapsado. Señaló que se

## El domingo 15 de agosto al mediodía, el ministro de Salud Pública, doctor José Ángel Portal Miranda, compareció en televisión nacional para anunciar el déficit de oxígeno en la isla.

crearía un Consejo de Dirección encabezado por Miguel Díaz-Canel, presidente de la república, y el primer ministro, Manuel Marrero; que se activarían los Ministerios de Industria, de Comercio Exterior, las Fuerzas Armadas y el Ministerio del Interior para viabilizar «un grupo de soluciones», y pidió a la población agudizar los cuidados. Con pocos detalles, omitiendo fechas y sin plantear soluciones concretas, la gente se enteró de que la crisis iba a empeorar. Los médicos no pudimos hacer más que pasar el aviso en cada relevo de guardia: «No hay oxígeno, no habrá oxígeno». Rechazamos a los noticiarios, a las notas informativas que convertían las muertes en números, en esquemas, y se conformaban: «No hay nada que hacer al respecto», señalaban. Solo nos quedaba proyectar lo que vendría, calcular las posibles muertes, alejarnos de casa y atenernos a protocolos que no coincidían con la realidad.

En ese entonces, en Cuba había solo dos plantas de producción de oxígeno medicinal: OxiCuba, ubicada en La Habana, encargada del 95 % de la producción del gas para cubrir las demandas de 700 centros asistenciales, y otra en Santiago de Cuba, que garantizaba la distribución en la región oriental del país. El oxígeno médico se entregaba a las reservas hospitalarias de dos formas: a granel, en tanques de reserva líquida, o como gas presurizado, en cilindros. Las dos plantas garantizaban el llenado de las gasificadoras instaladas en 40 puntos, desde donde se reparten a los centros hospitalarios. La mejor y más barata

<sup>2</sup> El 11 de julio de 2021 tuvo lugar en Cuba la mayor manifestación popular luego del triunfo revolucionario, en enero de 1959. Uno de los reclamos más extendidos fue el sanitario, junto a la voz de «libertad». Las autoridades reprimieron a los manifestantes por orden del presidente de la república, Miguel Díaz-Canel Bermúdez. Actualmente las personas apesadas como consecuencia del 11J suman 1 047.

alternativa son las reservas líquidas, pero se requiere de una infraestructura hospitalaria adecuada, que incluye tuberías y conexiones a cada camilla. Si bien los cilindros no necesitan esas instalaciones, son menos rentables, más engorrosos de transportar y manipular, y su uso multiplica el riesgo de contaminación cruzada.

En tiempos normales, OxiCuba produce más de lo que demandan los centros hospitalarios. Pero un paciente positivo al coronavirus requiere de diez a veinte veces más oxígeno que un paciente con otra patología. Según Yamilet Fuentes Pardiñas<sup>3</sup>, directora general de la Empresa de Gases Industriales de Cuba, en marzo del mismo año no había dificultad con la producción. Pero en marzo los contagios se mantenían a razón de aproximadamente mil casos diarios. Julio y agosto marcaron<sup>4</sup> los mayores picos pandémicos y los contagios diarios oscilaban entre ocho mil y nueve mil positivos. En suma, la infraestructura estaba siendo sobreexplotada.

El día anterior a la declaración del ministro en televisión nacional se había igualado el récord de decesos de toda la pandemia, con 98 personas fallecidas<sup>5</sup>. El MINSAP confirmaba 577 668 casos activos. Los médicos les añadíamos dígitos a las cifras oficiales, pues la rápida expansión del virus contribuía a la inexactitud de los datos, sumado a que, para evitar el ingreso obligatorio, las personas se escabullían de las postas médicas y escondían los síntomas. El promedio de contagios diarios en agosto aumentó en 39,2 % con respecto a julio. Septiembre abrió con 5 464 decesos<sup>6</sup>. Por varias semanas, la tasa de positividad se mantenía alrededor del 20 %, cuatro veces más de la indicada por la OMS como alarma de alta circulación viral. Los hospitales provinciales, que antes se abastecían con 13 000 litros para consumir hasta 700 por día, apenas recibían 4 790, cuando la demanda era de 2 600 litros diarios, e incluso más.

Al sistematizar los hechos expuestos por los medios de prensa estatales e independientes, se aprecia que las Fuerzas Armadas llevaron adelante el grueso de las soluciones: la base aérea de San Antonio de los Baños, propiedad militar, fue ocupada por una planta donada por

Rusia con capacidad para 120 cilindros diarios, los que eran trasladados en un helicóptero militar, mientras que el Ministerio del Interior se encargaba del transporte por tierra. Se importaron concentradores de oxígeno para producirlo a volúmenes bajos y el complejo de procesamiento de gases de las regiones militares operaría para el MINSAP de forma estable hasta que se encontrara otra solución. La pieza fue importada en septiembre y técnicos extranjeros se ocuparon de, finalmente, recuperar la planta principal<sup>7</sup>.

## PARA EL BIEN DE TODOS

Cuentan los libros viejos que Ángel Arturo Aballí, uno de los médicos más importantes de la historia nacional y padre de la pediatría cubana, vio morir en sus brazos a seis recién nacidos en 24 horas, en 1926. Luego de aquel episodio mantuvo un luto prolongado y, alejado de la actividad clínica, preparó la que sería una histórica conferencia en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, donde, mientras agitaba el primer número del periódico *El Cubano Libre*, aseguró que la muerte infantil en Cuba era la mayor vergüenza política, reflejo de la desprotección y la pobreza diseminada por los regímenes autoritarios. Ese día estrenó la imagen del médico como líder social y llevó al gremio a la asociatividad y a la huelga.

Los años de efervescencia revolucionaria no dieron tiempo ni recursos a los sistemas de salud, pero la clase media de la época, nutrida en la entonces Cuba republicana, estaba extendida. Los médicos solían graduarse en las grandes universidades europeas y regresar. Al momento del triunfo revolucionario, en 1959, coexistían poco más de seis mil médicos en una población de seis millones de cubanos. Tres años bastaron para que la mitad de ellos decidiera abandonar el país, huyendo de la incertidumbre de la transición y dejando una importante crisis sanitaria en Cuba.

En busca de soluciones, Fidel Castro y su equipo de gobierno crearon las condiciones para fundar, en 1961, el Sistema Nacional de Salud (SNS), regido por los principios de gratuidad, accesibilidad, equidad y universalidad, como

<sup>3</sup> *El Toque*, «Crisis con el oxígeno medicinal se agravó desde julio de 2021», 18 de agosto de 2021 [\[link\]](#).

<sup>4</sup> MINSAP, «Parte de cierre del día 15 de agosto de 2021» [\[link\]](#).

<sup>5</sup> MINSAP, «Parte de cierre del día 14 de agosto de 2021» [\[link\]](#).

<sup>6</sup> MINSAP, «Parte de cierre del día 1 de septiembre de 2021» [\[link\]](#).

<sup>7</sup> Para sistematizar esta información se consultaron medios estatales e independientes como *Granma*, «Cuba busca alternativas para mitigar afectaciones por baja cobertura de oxígeno medicinal», 15 de agosto de 2021, e independientes como *OnCuba*, «Cuba echa mano a sus ejércitos para paliar la falta de oxígeno en pleno pico pandémico», 19 de agosto de 2021.





> Ministerio de Salud Pública. Foto proporcionada por la autora.

un derecho de la población y una responsabilidad del Estado. Medicina fue una carrera al alcance de la mano y ya no había que ser de familia rica e irse a París para recibirse. Mi madre, hija de campesinos, salió de las vegas de tabaco para vestirse de blanco y volver como pediatra, en la que fue una graduación multitudinaria de médicos listos para cubrir los centenares de policlínicos, que atendían un promedio de treinta mil personas cada uno. La salud pública pasó a ser prioridad y un logro fundamental del programa revolucionario.

El 10 de abril de 2019 la recién proclamada Constitución de la República de Cuba retomaba en su artículo 72 a la salud pública como un derecho inalienable de todas las personas. Asimismo, depositaba en el Estado la responsabilidad de garantizar el acceso, la gratuidad y la calidad de los servicios de atención, protección y recuperación. La Organización Panamericana de Salud (OPS) recoge evidencia importante sobre el modelo de atención del sistema cubano hasta el primer trimestre de 2018, pero la información no se ha actualizado desde entonces.

La OMS enfatiza la necesidad de mantener en el centro de los debates la universalidad y la gratuidad de los servicios médicos, cuánto cuestan y a quiénes les cuesta, más aún cuando las contribuciones privadas continúan teniendo gran peso en las formas de financiamiento. Las medidas neoliberales, que han renovado fuerzas con el auge de partidos latinoamericanos de derecha, tienden a asfixiar las políticas sociales y a recortar los presupuestos del sector de la salud y la asistencia social. Las autoridades internacionales desaprueban que el financiamiento de los sistemas de salud se planifique en detrimento de la cantidad de dinero destinado a este fin y reclaman la eliminación de barreras financieras de acceso a los servicios y el uso justo de los recursos disponibles.

América Latina no tiene en este aspecto un comportamiento homogéneo. Si contrastamos el sistema de salud cubano con el de Brasil o México, cuyos indicadores de desigualdad en el acceso y la cobertura llevaron a los efectos más devastadores de la pandemia, resulta que el cubano es superior en diseño y estrategias. Si buscamos en las estadísticas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)<sup>8</sup> sobre la base de la información oficial de gastos sociales, se puede llegar a la conclusión de que la mayor parte son administrados y operados por los ministerios y los programas médicos de los sistemas de seguro social. A su vez, estos son nutridos por los ingresos generales del gobierno central, por los fondos de los sistemas de seguro social y por impuestos destinados específicamente a este sector. Los gastos directos que realiza cada núcleo familiar en forma de pagos por servicios médicos, para la compra de medicamentos y otros insumos son un estrato fundamental en el equilibrio público-privado del financiamiento de los servicios sanitarios en la región.

En Cuba, la estructura del sistema de salud responde a un modelo centralizado que cuenta con tres niveles administrativos: las direcciones de salud municipal y provincial, que se supeditan a la dirección nacional y, en paralelo, a las respectivas asambleas del Poder Popular, de quienes reciben el presupuesto, el abastecimiento, la fuerza laboral, el diseño y la planificación de estrategias. Este modo de proceder garantiza que en los servicios de salud solo participen agentes estatales, única manera de conservar un sistema público y de calidad uniforme para todos los cubanos.

Es el presupuesto del Estado, articulado a través del

MINSAP, el que incide en el financiamiento de cada uno de los eslabones del sector. El Ministerio, con la debida aprobación del Consejo de Estado y de Ministros, distribuye los fondos entre los distintos niveles y unidades de atención a través de las asambleas provinciales y municipales.

## SUMAS, RESTAS, INVERSIONES

En los últimos años Cuba ha atravesado todo tipo de tragedias: aviones estrellados, recrudescimiento de las medidas coercitivas bajo el mandato de Donald Trump, pandemia y hospitales colapsados, huelgas de hambre, manifestaciones, centenares de presos políticos, la explosión del Hotel Saratoga justo en el centro de La Habana y de los depósitos de petróleo en la ciudad de Matanzas, dejando las escenas más tristes de nuestra memoria posrevolucionaria. Hay quien culpa al tiempo, hay quien se encomienda a los orishas y dice que el presidente está *osogbo*. Otros hacen cálculos y apuntan directamente a un gobierno corrupto.

Gran parte del bienestar social se podría atribuir a los resultados de las luchas sociales democratizadoras y su traducción en derechos. Cabe señalar que la salud es parte del bienestar social, de modo que no se reduce a la ausencia de enfermedades. Cuando no se dispone de mecanismos de control social, el pueblo sufre las consecuencias de élites que velan por sus intereses antes de que la transición política les alcance.

La ejecución del plan de inversiones a partir del presupuesto del Estado es un ejemplo certero. Según los anuarios de la Oficina Nacional de Estadísticas e Información (ONEI), en 2021 el PIB de Cuba creció un 1,3 % luego de la fuerte caída del año previo, tasa aún recesiva. A este incremento contribuyó, en primer lugar, el sector de la salud pública (14,3 %). En 2022, el PIB creció un 1,8 % e igualmente este sector le fue favorable<sup>9</sup>.

La exportación de servicios médicos a través de distintas misiones de cooperación internacional, junto a la modalidad de exportación en fronteras –el llamado turismo de salud–, representó el 58,1 % del valor de la exportación de servicios en 2020. En 2021 fue del 73,9 % y, en 2022, el 69,1 % del total. Las exportaciones de servicios asociadas al turismo han ocupado un distante segundo lugar, con el 12,4 % del total en 2022<sup>10</sup>. Ambas, junto al envío de remesas a Cuba, representan el grueso de la entrada de divisas al país.

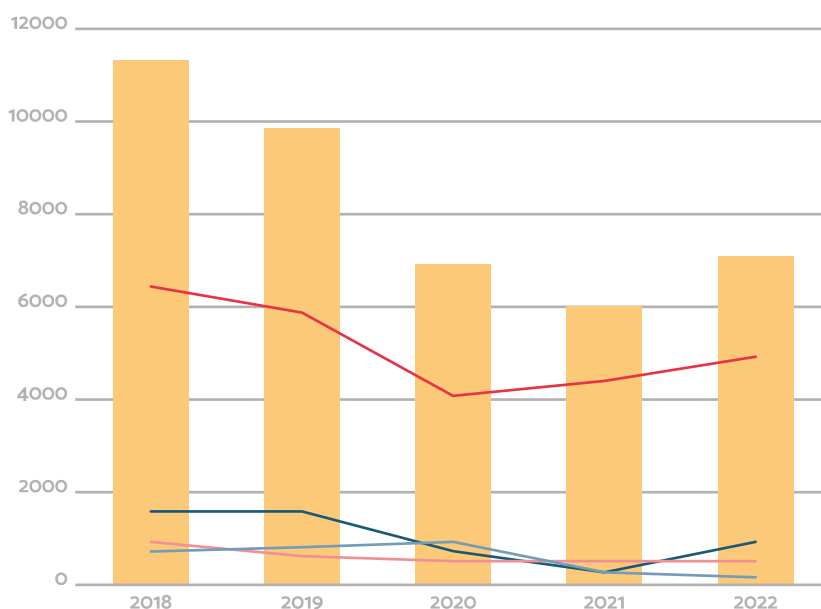
<sup>8</sup> Observatorio de la Comisión Económica para América Latina y El Caribe (CEPAL), «Observatorio Social. Inversiones y gastos en Salud» [\[link\]](#).

<sup>9</sup> Oficina Nacional de Estadísticas e Información (ONEI), *Anuario Estadístico. Cuentas Nacionales*, 2023 [\[link\]](#).

<sup>10</sup> ONEI, *Anuario Estadístico. Sector Externo*, 2023 [\[link\]](#).



**CUBA. Exportaciones de servicios 2018-2022 (millones de USD)**  
ONEI. Anuario Estadístico de Cuba (varias ediciones)



● TOTAL	11315	9867	6880	5884	7064
— Servicios de salud	6399	5832	3998	4350	4882
— Alojamiento, servicios de comida y bebidas	1528	1493	670	201	878
— Servicios de transporte	919	603	467	412	323
— Telecomunicaciones	773	723	807	159	128

Gráfico basado en estadísticas de la ONEI, tomado de «El Estado como tal», blog del economista cubano Pedro Monreal, doctor en Ciencias Económicas y especialista del Programa de Ciencias Sociales y Humanas de la UNESCO.

El SNS ha experimentado un proceso de descapitalización importante en los años recientes, según se desprende de los números oficiales: el volumen de inversiones por clase de actividad económica muestra que en 2021 se invirtió 20 veces más en servicios empresariales, actividades inmobiliarias y de alquiler<sup>11</sup>—correspondientes en gran medida al turismo— que en salud pública, a pesar de que la ocupación media hotelera<sup>12</sup> fue del 12,7 %. Asimismo, en 2022 se invirtió 15 veces más en los primeros que en la segunda<sup>13</sup>. Los datos disponibles sobre el sector del turismo hasta junio de 2023 muestran que la ocupación

media hotelera ha sido del 27,9 %, es decir, que de cada diez habitaciones hoteleras, siete no se utilizan<sup>14</sup>.

En suma, se confirma que la estructura de la inversión en Cuba que llega hasta la primera mitad del 2023 sigue estando deformada<sup>15</sup>. Los servicios empresariales, las actividades inmobiliarias y de alquiler, junto a la inversión en hoteles y restaurantes, concentran el 30,6 % de la inversión nacional. En medio de una situación sanitaria que se agrava, la inversión en el sector de la salud representó el 1,4 % del total, porcentaje incluso menor que el de 2022, que fue del 2 %<sup>16</sup>.

<sup>11</sup> Actividades económicas manejadas por el Grupo de Administración Empresarial S. A. (Gaesa), un megaconglomerado de empresas pertenecientes a las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Ha monopolizado las zonas de mayor rentabilidad y potencial turístico a través del grupo Gaviota. Controla operaciones en la transportación marítima, agencias de viajes, inversiones inmobiliarias, administración de supermercados y tiendas minoristas, estaciones de gasolina, y servicios financieros y de telecomunicaciones. Su presidente ejecutivo, fallecido repentinamente el 1 de julio de 2022, era oficial de la Contrainteligencia Militar y exyerno de Raúl Castro. En 2020 fue incluido en la lista de la Oficina de Control de Activos Extranjeros (OFAC) del Departamento del Tesoro de Estados Unidos. No se sabe con exactitud cuánto dinero maneja Gaesa.

<sup>12</sup> ONEI, *Anuario Estadístico. Turismo Nacional e Internacional. Indicadores seleccionados*, enero-diciembre de 2021 [\[link\]](#).

<sup>13</sup> ONEI, *Anuario Estadístico. Inversiones*, 2023 [\[link\]](#).

<sup>14</sup> ONEI, *Anuario Estadístico. Arribo de viajeros, junio de 2023* [\[link\]](#).

<sup>15</sup> ONEI, *Anuario Estadístico. Inversiones*, enero-junio de 2023 [\[link\]](#).

<sup>16</sup> ONEI, *Anuario Estadístico. Sector externo*, 2023 [\[link\]](#).

**CUBA. Distribución sectorial de inversiones. Enero-diciembre 2022 (Millones de CUP)**  
**ONEI. Inversiones. Indicadores seleccionados. Enero-diciembre 2022.**

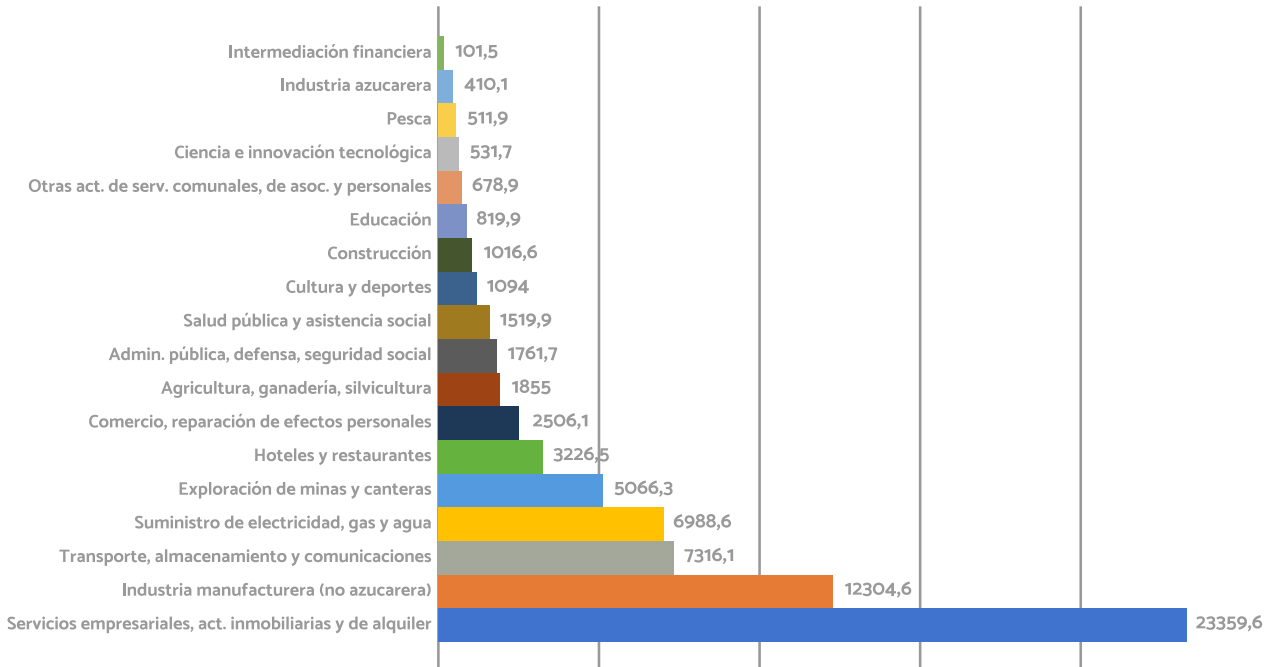


Gráfico basado en estadísticas de la ONEI, tomado de «El Estado como tal», blog del economista cubano Pedro Monreal, doctor en Ciencias Económicas y especialista del Programa de Ciencias Sociales y Humanas de la UNESCO.

La comparación es inevitable y las estadísticas muestran, pero no le hacen justicia, el desolador panorama del sistema sanitario frente a la cantidad exorbitante de hoteles que erizan el *skyline* de La Habana. A ello se agregan otras variables igualmente descriptivas: en 2022 el salario medio estatal<sup>17</sup> creció solamente el 26 %, mientras que el costo de la vida aumentó un 46,4 %, en un escenario de creciente inflación, insostenible en el mediano y largo plazo. Aunque el sector de la salud es una de las tres actividades con más empleados<sup>18</sup> en Cuba –94 066 personas registradas–, sus salarios son inferiores al medio nacional. El salario medio mensual de un trabajador de salud pública es de 4 127 pesos cubanos<sup>19</sup>. Al cambio oficial, este monto equivale a 34 dólares estadounidenses (USD) y en el mercado informal de divisas hoy<sup>20</sup> corresponde a

16 USD, y es en divisas como se adquieren los productos básicos, que no están disponibles en moneda nacional.

Como resultado de la precaria situación de la salud pública en Cuba, de la insostenible vida de sus trabajadores, de las secuelas de la pandemia y las medidas impuestas por los Estados Unidos a través del bloqueo económico, comercial y financiero –que interfiere en la adquisición de componentes básicos para la elaboración de fármacos y demás productos–, el personal facultativo del MINSAP ha sufrido una peligrosa disminución en sus filas: solo en el último año 31 308 personas relacionadas con el sector dejaron de laborar, de las cuales 12 065 eran médicos<sup>21</sup>. El contexto es más desolador aún: Cuba vive la mayor crisis migratoria<sup>22</sup> de su historia y el sector de la salud no queda exento de tales cifras. Ello explica que la mayor parte de

<sup>17</sup> ONEI, *Anuario Estadístico. Empleo y salarios, 2023* [link].

<sup>18</sup> ONEI, *Anuario Estadístico. Salud pública y asistencia social, 2023* [link].

<sup>19</sup> ONEI, *Anuario Estadístico. Empleo y salarios, 2023* [link].

<sup>20</sup> *El Toque*, «Tasas de cambio de moneda en Cuba hoy», 2023 [link].

<sup>21</sup> ONEI, *Anuario Estadístico. Salud pública y asistencia social, 2023* [link].

<sup>22</sup> *OnCuba*, «Cuba y la emigración: La salida como voz», 9 de febrero de 2023 [link].



los médicos que renuncian al MINSAP lo hacen con el objetivo de emigrar o, al menos, de que no sea limitado su derecho a la libre circulación, medida popularmente conocida como “regulación” y a la que se ven sometidos todos los especialistas del sector.

Por otro lado, la infraestructura hospitalaria no cumple con los estándares básicos de calidad y la crisis de enseres y medicamentos es catastrófica. No existen datos oficiales actualizados, pero medios de prensa independiente como *Periodismo de Barrio*<sup>23</sup> y *OnCuba*<sup>24</sup> ofrecen trabajos muy detallados, con información que contrasta los números oficiales con el flujo del mercado informal, cronologías y diferentes perspectivas que decantan en una sola aseveración: la crisis sanitaria se agudiza con los años. Según estudios del Observatorio Cubano de Derechos Humanos, en 2021 ocho de cada diez personas encuestadas no encontraban sus medicamentos en farmacia. En 2022, el 38,4 % de los medicamentos que el Grupo Empresarial BioCubaFarma<sup>25</sup> proveía a la población no se encontraban disponibles. Las importaciones de productos farmacéuticos en el período 2018-2021 fueron tres veces mayores a las exportaciones<sup>26</sup>. La escasez ha obligado a la población a buscar alternativas: se han articulado grupos de cubanos que envían donaciones de forma estable a Cuba y que han sido fundamentales en momentos puntuales de crisis. Además, se ha retirado el impuesto aduanal<sup>27</sup> y el límite de peso para la importación de medicamentos. Por estos motivos, el mercado virtual –Facebook, Telegram y WhatsApp–, donde las personas ofrecen comprar, vender o intercambiar medicamentos sin regulaciones de las autoridades<sup>28</sup>, se ha convertido en un caldo de cultivo para la corrupción, los precios abusivos, y la falta de control de calidad farmacológica y de vigilancia, incluso sobre los medicamentos de uso intrahospitalario y de alto riesgo.

## INDICADORES BÁSICOS DE SALUD

Los indicadores pautados por la OMS y, en algunos casos, por la OPS, reflejan la calidad de determinado sistema de salud. Estos parámetros son tan sensibles que son imprescindibles para analizar políticas públicas, y hacer seguimiento al logro de las metas de salud y el cumplimiento de los mandatos adoptados por los Estados Miembros y la propia OPS. El objetivo principal de los indicadores básicos es monitorear la salud de la población de cada país. Uno de ellos, por ejemplo, es la mortalidad infantil (MI)<sup>29</sup>, expresión del desarrollo socioeconómico que marca el riesgo de morir de un infante antes de cumplir el primer año de vida. El 2021 cerró con una tasa de MI de 7,6 por mil nacidos vivos y el 2022 con 7,5 por mil, con 3 694 nacimientos menos que el año anterior. Hace apenas cinco años, la tasa de MI era de 4 por cada mil nacidos vivos, cifra que nos colocaba en el primer lugar de Latinoamérica en tales parámetros. Las tasas de MI sufrieron una importante regresión: los números igualan a los datos de 1988, lo que significa un retroceso de 35 años para un parámetro tan sensible como este<sup>30</sup>.

Otro indicador es la esperanza de vida al nacer, que cayó hasta situarse en 73,68 años –teniendo en cuenta ambos sexos– en 2021. En 2020, este parámetro fue de 77,57 años, cifras que no se veían desde 1989<sup>31</sup>.

## VARIACIONES DEL FUTURO PRÓXIMO

La pandemia de COVID-19 y el capítulo del déficit de oxígeno en el país debido a la sobreexplotación de la infraestructura han significado un punto de inflexión para el sistema público de salud. A esto debemos agregar la producción de vacunas propias para combatir la pandemia

<sup>23</sup> *Periodismo de barrio*, «El problema de los medicamentos en Cuba, explicado», 3 de julio de 2023 [\[link\]](#).

<sup>24</sup> *OnCuba*, «Crisis de medicamentos en Cuba. Cronologías y perspectivas», 20 de septiembre de 2022 [\[link\]](#).

<sup>25</sup> El Grupo Empresarial BioCubaFarma suministra el 58,8 % de los medicamentos que forman parte del cuadro básico del país. De los 996 productos que fabrica –entre medicamentos, vacunas, sistemas de diagnóstico y dispositivos médicos–, 757 se destinan al sistema de salud pública. A su vez, la Empresa Laboratorios MedSol –perteneciente a BioCubaFarma– produce el 35 % del cuadro básico del país y el 77,8 % de los medicamentos, que se otorgan mediante tarjetas de control.

<sup>26</sup> Periles/Pais/Cuba, Observatorio de Complejidad Económica (OEC). [\[link\]](#).

<sup>27</sup> Cubatrámite, «Importación de medicamentos a Cuba», 2021 (actualizado 1/7/23) [\[link\]](#).

<sup>28</sup> Glenda Caridad Boza, «Crisis de medicamentos en Cuba: trueques, donaciones, avisos, venta y contrabando», *Periodismo de barrio*, 8 de junio de 2021 [\[link\]](#).

<sup>29</sup> Raúl Riverón Corteguera y Pedro Azcuy Henríquez, «Mortalidad infantil en Cuba 1959-1999», *Revista Cubana de Pediatría*, 2021, vol. 73, n.o 3, pp. 143-157 [\[link\]](#).

<sup>30</sup> *Ibidem*.

<sup>31</sup> Datosmacro.com, «Socio-demografía, Cuba» [\[link\]](#).

–SOBERANA O2, SOBERANA Plus y ABDALA– y todo el presupuesto que se destinó a ello en contexto extraordinario, de contingencia, fuera del presupuesto anual –cabrá preguntarse si hubo previa discusión en la Asamblea Nacional, si participó la cooperación internacional, si los recursos salieron de las propias instancias del Ministerio de Salud–. La deformada estrategia de inversiones del Estado lo compensa, lo que se refleja en los medidores fundamentales de la calidad de los servicios.

Más allá de las estadísticas y los gráficos está la cotidianidad de las personas. Si alguien se apresura a hacer un diagnóstico de nuestro futuro sobre la base de evidencias, puede concluir que la situación sanitaria tiende a empeorar, en correspondencia con el recrudecimiento de la crisis a todos los niveles. La inversión en servicios empresariales, actividades inmobiliarias y de alquiler y otros sectores relacionados con el turismo pone al país en una situación delicada, además de teñir el debate con «sospechas» de corrupción.

Como señala Pedro Monreal<sup>32</sup>, según los números ofrecidos por The Economist al cierre de 2022, los estimados de la deuda externa cubana son preocupantes, pues se pronostica que hasta 2024 las cifras se eleven a «alrededor de 30 mil millones de dólares, con incremento del componente de pago de intereses». A su vez, Juan Triana Cordoví, doctor en Ciencias Económicas y profesor titular del Centro de Estudios de la Economía Cubana de la Universidad de La Habana, plantea que una de las posibles soluciones es «enajenar activos» para aliviar la deuda<sup>33</sup>, pero hacerlo es tan polémico como privatizar bienes del Estado en un país que se reconoce como socialista. Este académico propone usar las decenas de hoteles erigidos por el sector del turismo –y que han ocupado un volumen indiscriminado de inversiones–, junto a las empresas estatales y las tierras ociosas, para canjearlos por deuda. «Hace falta ser realista», termina su polémico texto, que aboga por las alianzas público-privadas y por «el socialismo que podemos». Tal artículo se basa en la premisa de que el pueblo es «propietario» de estos bienes, cuando, para los efectos de la vida política, ese mismo pueblo no tiene la capacidad de interferir en las políticas públicas ni espacios ciudadanos que le permitan criticar, fiscalizar y proponer al gobierno.

La propiedad privada se abre paso. Cabe preguntarse qué ocurrirá con un sistema de salud que no se repuso a la pandemia, aunque la prensa oficial muestre lo contrario. Las inversiones, los parámetros internacionales de calidad, el mercado informal de medicamentos, supeditado a la preocupante escasez, plantean un escenario ideal para el florecimiento de políticas neoliberales, para la acentuación de brechas sociales perpetradas por el acceso desigual a los servicios de salud, para su privatización con el argumento de la «sostenibilidad».

Los resultados de privatizar los sistemas sanitarios son discutibles, pero lo que sí es invariable es que representa una amenaza a la salud poblacional y a la equidad en el acceso a los servicios. Dentro de las bondades señaladas por los defensores de los sistemas sanitarios privados se destaca su efecto positivo sobre la sostenibilidad del sistema público, ya que lo descongestiona, lo que incluso le permitiría ahorrar dinero. Sin embargo, múltiples estudios han demostrado que la coexistencia del sector privado puede, en realidad, detraer recursos del sector público<sup>34</sup>.

Enlazada en su raíz con la pobreza, la privatización de algunos servicios sanitarios en las condiciones actuales de Cuba sería un camino certero a la agudización de la desigualdad social, cuyas consecuencias serán peores para los sectores más vulnerables. Esta estrecha relación entre enfermedad y pobreza, que se agrava en sistemas sociales y sanitarios regidos por políticas neoliberales, ha sido bien estudiada y es conocida como círculo Horwitz<sup>35</sup>, que ilustra como «hombres y mujeres enferman porque son pobres, se vuelven más pobres porque están enfermos y más enfermos porque son más pobres».

Solo algunos versados en el tema se atreven a adivinar el futuro de Cuba, a unir piezas de un rompecabezas que se complejiza con los años, pero lo cierto es que, más allá de números y estadísticas, no se puede tener certezas de lo que nos depara. Si de todas formas nos atrevemos un poco más, descartamos casi todas las fórmulas en que los sectores más vulnerables mejoren sus condiciones de vida, en que los bolsones de pobreza sean rescatados. Cabría preguntarse si existe una relación entre régimen político, calidad del sistema de salud y, de paso, de la propia vida.

Tal vez con la transición –si ocurre– se ganen ciertas libertades que permitan a los futuros ciudadanos fiscalizar

<sup>32</sup> Pedro Monreal [@pmonreal], «La entidad de análisis The Economist al cierre de 2022...», 21 de diciembre de 2022 [tweet].

<sup>33</sup> Juan Triana Cordoví, «De los 'cómo' y los 'porqués'», *OnCuba*, 12 de julio de 2023 [link].

<sup>34</sup> *Diagonal*, «Médico crítico. Mitos de la sanidad privada (II): la privada le ahorra dinero a la pública», 7 de febrero de 2016 [link].

<sup>35</sup> Jorge Jiménez de la Jara, Lorenzo Agar Corbinos y Nicole Saffie Guevara, «El aporte a la salud pública del Dr. Abraham Horwitz: luces desde la contemporaneidad», *Acta Bioethica*, 2014, vol. 20, n.º 2, pp. 279-289 [link].



> Vista de la Torre K, uno de los hoteles más grandes de Cuba en la arteria principal de La Habana. Foto proporcionada por la autora.

el porvenir de un país que vive su mayor crisis política, económica y, en consecuencia, sanitaria de su historia posrevolucionaria. O, tal vez, en ese trámite queden los inevitables olvidos.

Mientras el tiempo pone todo en su sitio y las decisiones nos alcanzan desde arriba, en ese rejuego geopolítico que condiciona las vidas comunes, la gente pierde la simpatía por la condición insular y se va por mar, por selva o por aire, inventando visas o pagando coyotes. Los profesionales de la salud siguen renunciando a sus carreras y sus títulos para dedicarse a cualquier otro oficio que les permita llegar a fin de mes. De los cuatro médicos que aquella madrugada

de agosto vieron morir a la mayor parte de sus pacientes, solo una queda en Cuba: yo, y poco después de aquel día dejé de vestirme de blanco.

Hemos visto reflejado en los últimos años el más oscuro de nuestros posibles futuros, como si no nos hubiésemos recuperado de la crisis, de las tantas crisis, y el sistema pudiera ser en sí mismo un animal con asfixia. Mientras tanto, la incertidumbre acompañará el día a día y estaremos vagando con la boca abierta en cualquier ciudad del mundo, o en esta, hasta que respirar vuelva a ser imperceptible y la voz de la democrática Cuba no sea ajena a la vida que se ha consumido en su derecho a existir.



## Hay días en que el aire no existe

- Sobre la autora -



### **Adriana Fonte Preciado**

Nació el 3 de diciembre de 1997 en Pinar del Río, Cuba. Es médica por la Universidad de Ciencias Médicas de La Habana, escritora y periodista. Colabora con medios de prensa independiente en Cuba y publicó su primer libro, *Leve explicación circunstancial*, con Ediciones La Palma. Actualmente es directora editorial de Magazine AM:PM y gestora de comunicación de la embajada de Suiza en Cuba y de la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE).

# No todos los caminos conducen a Roma



Por Merlis Pereira y Nachely Rivero

—¿Olvida usted algo?  
—¡Ojalá!

**L**a emigración de los cubanos es uno de los temas que hoy desangra al país. Por cualquier vía y a cualquier parte del mundo se van mochila en mano, muchas veces arriesgando su vida, en busca de libertad y de mejores y dignas condiciones. En los últimos años ha aumentado considerablemente el número de familias fragmentadas que ven a sus hijos irse sin pasaje de regreso, sobre todo luego del inolvidable 11 de julio de 2021, cuando el pueblo cubano se lanzó a la calle a plantarle cara a la dictadura y exigir sus derechos.

A los inaguantables apagones, que duraban de 12 a 22 horas diarias, se sumaba que muchos cubanos se iban a la cama únicamente con un pan en el estómago; que a veces las viviendas pasaban hasta un mes sin agua; los ineficientes salarios, equivalentes a 10 y 15 dólares el básico, con los precios de Europa; la falta de combustible, que dificultaba el transporte público; los cortes de internet; que el papel sanitario, el detergente, la pasta dental y el resto de artículos de primera necesidad eran un lujo que vendían solo en las tiendas MLC (moneda libremente convertible), una moneda en la que no pagan a los trabajadores... y así, el país iba en picada.

A la crisis contribuyó en aquel tiempo la pandemia de COVID-19, que puso en aprietos al sistema de salud. Los médicos, que no disponían del equipamiento necesario, a veces hasta se rotaban las mismas caretas o guantes para atender a los pacientes. No encontrar medicamentos ya era y sigue siendo algo común en Cuba. Los estantes de las tiendas y las farmacias aún compiten por el premio al más vacío y empolvado. En fin, un infierno donde, cuando llega a fin de mes, la gente se pregunta cómo logró subsistir, como si se tratara de superar un nivel en un videojuego a medida que se te acaban las vidas.

### «PREFIERO NO ESTAR MI VIDA ENTERA EN LA CÁRCEL»

Por supuesto, hablar, denunciar o quejarse no solo es «por gusto y pa' na», como se dice en buen cubano, sino que se considera traición a la patria, subversión y mil «delitos» más.

Cuando la venda que por generaciones el pueblo ha tenido en los ojos empezó a caer, gritos de «libertad», «patria y vida» y otros se escucharon por todo el país en

## El acoso de la SE es una de las principales causas a la que los cubanos se acogen al pedir el recurso de protección internacional (asilo político).

el estallido social del 11J. Jóvenes, familias, profesionales salieron a las calles, a sus calles cubanas, para pedir un cambio. Sin embargo, como era de esperar, la respuesta fue la violencia: los policías golpeando, las patrullas todas movilizadas, las llamadas brigadas de respuestas rápidas, que no eran más que otros cubanos con palos en las manos para golpear a los manifestantes, cubanos contra cubanos, junto a aquella convocatoria inhumana que hizo el presidente por televisión nacional: «La orden de combate está dada», fortalecieron el odio.

Lo que vino después fue un recrudecimiento de la persecución desatada por la Seguridad del Estado (SE). Al azar, empezaron a buscar en las casas o llevarse en las protestas a muchos de los manifestantes, en lo que fue, como algunos dicen, «una cacería de brujas». Los apresados tenían dos opciones: o aceptaban colaborar con la SE, o permanecían reclusos y sus familias eran amenazadas.

Cada vez era más común ver una patrulla o un motor de los agentes de la SE en la esquina de la casa de algún manifestante o periodista independiente, vigilando cada movimiento o raptándolos en la calle. En otros casos, la amenaza era la expulsión de los centros laborales o de la universidad.

El acoso de la SE es una de las principales causas a la que los cubanos se acogen al pedir el recurso de protección internacional (asilo político). Tal es el caso de Jesús Javier Basulto Abelarde, joven de 24 años, licenciado en Turismo, quien comenta:



«Salí de Cuba porque estaba siendo perseguido, amenazado y acosado por la SE. Ya me habían expulsado de mi centro de trabajo y me iba a ser muy difícil establecer una vida tranquila, porque con un pensamiento distinto al de los que gobiernan es muy complicado vivir en la isla. Yo quería otra cosa para mi vida, quería un poco de libertad, de independencia sobre mí mismo».

El día de las protestas él subió una directa a sus redes sociales donde se veía claramente a los policías golpeando a los jóvenes. A las 48 horas aproximadamente tocaron la puerta de su casa dos agentes de civil. Con el teléfono en la mano, pudo contarles brevemente a unos amigos en un grupo de Telegram lo que sucedía y de momento solo pudo escribir «me llevan». Sin embargo, solo estuvo unas pocas horas detenido.

**«Sé que en cualquier parte que me encuentre de este país será menos acosado y menos presionado que en Cuba. El sueño máspreciado que dejé en mi tierra fue el de poder vivir con mi familia a plenitud y el de lograr las metas personales que fueron soñadas allá. La nostalgia a veces la puedes combatir con algo de esperanza».**

Luego de unos meses llegó a Alemania. En una entrevista concedida al medio independiente *La Hora de Cuba* explicaba públicamente que la SE lo había obligado a colaborar con ellos a base de amenazas de cárcel, a su familia y otros métodos turbios. Sin embargo, Jesús los grabó sin que se dieran cuenta durante un interrogatorio y sacó a la luz todo lo que había pasado.

«Sé que en cualquier parte que me encuentre de este país será menos acosado y menos presionado que en Cuba. El sueño máspreciado que dejé en mi tierra fue el de poder vivir con mi familia a plenitud y el de lograr las metas personales que fueron soñadas allá. La nostalgia a veces la puedes combatir con algo de esperanza».

Ricardo Pérez González es un joven de 27 años que llegó a Suiza en mayo de 2022. «En un período muy apurado, de dos semanas, tomé esta decisión, que se presentó muy inesperadamente. Gracias a Dios, una amiga pagó mi pasaje y eso me dio la oportunidad que de otra forma no hubiera tenido. Compré un vuelo a Belgrado, Serbia, con escala en Suiza, y allí solicité asilo político y logré regular mi situación legal. A más de un año sigo en el proceso de asilo, que es bastante lento, pero tengo una estancia legal, una residencia temporal mientras dura el proceso, y si sale positivo tendré la residencia permanente».

Cuenta que en algún punto de su juventud apostaba por Cuba y quería hacer algo desde dentro, pero le duró poco, y, aunque su familia sabía que él deseaba salir de Cuba para vivir en condiciones dignas, resultó bien difícil aceptar que en 15 días ya no estaría en casa por tiempo indefinido.

«Por más que yo ame a mi Cuba y sufra por todas las injusticias, prefiero no estar mi vida entera en la cárcel. Existen maneras también de hacer por Cuba desde fuera, pudiendo tener una vida digna, ayudar a mi familia y desarrollarme.

»A mí me encantaría regresar, pero no me va a ser posible, incluso aunque me otorguen la residencia permanente o hasta la ciudadanía. Si la Cuba que yo conocí no cambia, corro peligro al regresar, pues solicitar asilo político en otro país es considerado traición a la patria, y en Cuba la SE sabe quién sale y pide asilo, entonces, es un poco suicida entrar una vez que lo otorgan, además, que luego podrían negarme la entrada a Suiza.

Los últimos días en Cuba los pasó en despedidas silenciosas con amigos y familiares que ni siquiera sabían que se iba. Tuvo poco tiempo para decirle adiós a su tierra, a su vida como la conocía hasta el momento. Cuando una persona suele ser tan alegre y animada como Ricky suena el doble de fuerte escucharlo decir: «Asere, es la última vez que camino por aquí», como le expresó en tono nostálgico a una amiga mientras se despedía de ella en la Plaza del Carmen en Camagüey.

**«En Cuba dejé a mi familia. Yo asumí el riesgo solo; no le recomiendo a nadie hacerlo de esta manera, es una locura más grande que cruzar a EE. UU., porque para allá, mientras pagues, el coyote te mueve, pero para acá eres tú solo cruzando montes y fronteras con un guía a través de internet».**

**«UNA COSA ES PLANIFICARLO EN CUBA, OTRA VERME EN LA SITUACIÓN»**

El recurso de asilo político es la opción que también encontró Daniel Mejías González para emigrar a Europa. Sin embargo, su travesía fue mucho más compleja, un ejemplo claro de hasta dónde son capaces de arriesgar quienes desean salir del país de los sueños rotos.

«El trayecto hasta España fue una locura total, éramos dos mujeres y cinco hombres. Comenzó comprando un paquete turístico a Montenegro, destino al que nunca llegué. Entonces abordé un vuelo a Belgrado con escala en Frankfurt, Alemania», uno de los pocos aeropuertos europeos que permitía escala a los cubanos sin visa de tránsito. «De ahí estuve tres días en Belgrado con un amigo y su esposa, que me ayudaron comprando lo necesario para el viaje: abrigo, comida, etc. Luego salí de allí con un coyote cubano que desde España me estaba guiando por internet».

»Fue una experiencia traumática. Lo más difícil es el nivel de estrés sostenido. Me sentía como infiltrado en una operación militar, pasando por países que no conocía, con una geografía y cultura desconocidas. Yo sabía que lo mismo podía encontrarme con un oso o un lobo, con marroquíes que me asaltarán, o que podían apresar me, como le pasó a uno de los que andaba conmigo, que estuvo tres meses en una prisión en Borna y luego fue deportado a Serbia. Pero al final tuve suerte. Sabía que iba a arriesgar mi vida, pero una cosa es planificarlo en Cuba y otra es verme en la situación.

Dani llegó a España con estrés postraumático. Mientras revive la travesía en su mente, apoya los codos en la mesa, baja la cabeza, respira y continúa: «Viajamos en bus desde

Belgrado hasta un pueblito fronterizo con Borna, de ahí cruzamos en la madrugada. Es una locura porque hay que cruzar un río, que si los militares te cogen pueden disparar, porque estás violando leyes de su país. Ese día caminamos toda la noche, aproximadamente veinte kilómetros o más, a menos un grado, por lugares que parecen películas de terror», relata en tanto se frota las manos en un gesto ansioso. «Aunque iba con unas botas militares buenísimas y con abrigo, de nada sirven si te metes a un maizal y te mojas completo».

El frío, el miedo de literalmente morir en el intento, el estrés, la incertidumbre eran constantes durante el trayecto. Junto con ellos, eso sí, iba la ilusión de llegar a su destino, a un lugar seguro.

«En Cuba dejé a mi familia. Yo asumí el riesgo solo; no le recomiendo a nadie hacerlo de esta manera, es una locura más grande que cruzar a EE. UU., porque para allá, mientras pagues, el coyote te mueve, pero para acá eres tú solo cruzando montes y fronteras con un guía a través de internet».

Estados Unidos es el destino elegido por la mayoría de los emigrantes cubanos. Según datos de la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza de ese país, en el año fiscal 2022 llegaron aproximadamente 178.000 cubanos. Una de ellos es Nathalie Rivero Rosabales, de 28 años, quien, luego de las protestas del 11J y algunas denuncias en redes sociales, fue requerida en su trabajo y cambiada varias veces de área laboral sin justificación.

«Soy doctora y cuando me gradué tenía muchas ilusiones, pero sentía que había tanta falta de recursos para trabajar, era muy difícil ver cómo las personas me pedían ayuda y no poder hacer nada, simplemente decir 'no tengo con qué'. Además, ganamos un salario miserable, es una

explotación y frustración. Por eso, decidí irme de Cuba. Realmente yo lo viví como una aventura, aunque fue muy difícil. Primero estuvimos dos días en Nicaragua, luego cruzamos a caballo un monte para llegar a Honduras. Después llegamos a Guatemala y luego cruzamos en botes a México, y allí estuvimos más de una semana esperando el avión que nos llevó hasta la frontera con EE. UU., donde nos entregamos y permanecemos presos mi suegra, mi esposo y yo. En el trayecto pude conocer muchos lugares y culturas diferentes, vi paisajes hermosos de América. Gracias a Dios no vivimos situaciones de riesgo para la vida, como otros compañeros nuestros que sí estuvieron a punto de morir, sufrir accidentes, etc. Fue un momento de mucha tensión. Si yo hubiera sabido lo que iba a pasar no lo hubiera hecho, porque es un camino muy incierto, pero valió la pena porque me permitió llegar a EE. UU., un país donde tengo la oportunidad de crecer», expresa Nathalie.

### «LA LIBERTAD ME LO COMPENSA TODO»

Aunque el cruce de fronteras es quizás la vía más complicada para llegar al extranjero, para quienes lo hacen por vías legales no es menos difícil el proceso de emigración e integración a nuevas culturas.

«Dejar a mi familia, a mis amigos, mi vida fue y es muy duro. Todos los días pienso en ellos, aunque mis amigos casi ninguno está en Cuba», comenta Josselin Navarro, de 20 años, quien actualmente se encuentra en Alemania gracias a su ciudadanía española. «Obtener mi ciudadanía fue un proceso largo, más de cinco años esperando, pero valió la pena. Sin embargo, a la hora de llegar aquí es que empieza la parte complicada».

«El choque cultural que tuve fue bastante fuerte. Yo en alemán solo sabía decir *'danke'*. Cuando el avión despegó se me salieron las lágrimas y pensaba *voy para un país donde no entiendo nada*. Pero desde que llegué me he dicho *tú puedes*. Me ha ayudado que sé hablar inglés, aunque a algunos alemanes no les gusta que les hables en otro idioma. La cultura es tan diferente, las familias son dispersas, la forma de saludar es con la mano, no es un idioma que me guste, aunque por necesidad debo apren-

derlo, pero me frena a veces, aunque logro comunicarme. Y sí, es duro, pero soy libre», suspiró.

«Los emigrantes llegamos a un lugar al que no pertenecemos y eso es difícil tanto para el que llega como para el que lo recibe, porque los que estaban de antes ya tienen costumbres, rutinas en las que tú vienes a interferir. Yo llegué a casa de mi papá y mi madrastra, y fue muy difícil la convivencia porque nunca habíamos vivido juntos, a pesar de que nos esforzamos por entendernos. Al principio me sentía como un bebé porque todo para mí era nuevo, los equipos, las formas, es como una irrealidad que cuesta, porque nosotros venimos de un lugar tan diferente, allá yo respiraba, comía, estudiaba, pero es que no había casi nada para hacer. A veces voy por la calle y me digo: *¿esto es real?*

»A veces incluso me cuesta estar presente, me parece estar en una película, y no, es mi vida real. Mi infancia fue feliz, pero hoy, mirando hacia atrás, me doy cuenta de que muchos de los miedos que afloran aún en mí son a causa de ese adoctrinamiento que desde niños tuvimos, el comunismo, porque es increíble la cantidad de miedos irracionales que nos crearon; por ejemplo, recuerdo que nos enseñaron que fuera de Cuba en cualquier lugar ponían bombas, y cosas así.

»Cuando extraño a mi familia y pienso en cuánto tiempo va a pasar antes de reencontrarnos, o si voy a volver a ver a mi abuela, mi mecanismo es pensar que soy libre, que puedo hacer lo que quiero, puedo elegir, que si pierdo un trabajo aparece otro, que el mundo no se acaba porque pase algo, tengo miles de fuentes para recibir información, sin tanta censura... A mí realmente la libertad me lo compensa todo.

Aunque este reportaje recoge testimonios de jóvenes emigrantes en Europa y EE. UU., el primer mundo no siempre es el destino de quienes huyen de una isla que se hunde, no todos los caminos conducen a Roma. Donde menos te lo esperas en este planeta puedes escuchar un «¡Asere, ñooo, qué bolá!». Países latinos como Chile, Brasil, México, Venezuela y otros ven llegar cubanos cada año. Sin embargo, el emigrante nunca se va del todo, un trozo de sí queda en su tierra y un trozo de su tierra va consigo a todas partes.



## No todos los caminos conducen a Roma

- Sobre las autoras -



### **Merlis de las Mercedes Pereira Velázquez**

Nació en Camagüey, Cuba, el 28 de octubre de 1997. Es licenciada en Periodismo por la Universidad de Camagüey. Participó del curso de radio La Chispa de la Palabra, de SIGNIS América Latina y El Caribe; del Diplomado Internacional en Gestión de Proyectos Sociales del Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH) y del Curso de Derechos Humanos de la Corporación Más Democracia. Ha ejercido como periodista reportera, locutora y guionista de programas de radio y televisión en medios de prensa locales y nacionales. También ha colaborado con medios impresos y digitales. Además, se ha desempeñado como *Community Manager* en instituciones de la Iglesia católica como el Centro Loyola Camagüey, la Oficina de Cáritas Camagüey y la Pastoral Juvenil Diocesana. Fue jefa de redacción de la revista nacional *Anuario 2022* de la Pastoral Juvenil Ignaciana (PJI) en Cuba. Mientras estudiaba en la universidad impartió clases de Español-Literatura en la secundaria de su localidad.



### **Nachely Rivero Rosabales**

Nació en Camagüey, Cuba, el 15 de mayo de 2002. Estudió dos años de Ingeniería Eléctrica en la Universidad Ignacio Agramonte de Camagüey. Tomó el curso de Derechos Humanos de la Corporación Más Democracias y el de Periodismo de Investigación de Espacio Público. Colaboró como *Community Manager* en instituciones de la Iglesia católica como la Pastoral Juvenil Diocesana y en la revista digital La Hora de Cuba, de la que también fue redactora, fotógrafa y fotorreportera.

# La Ruta de los Volcanes



Por Pedro Sosa Tabio

**L**eduán Flores llegó al aeropuerto de Santiago de Cuba sin pasaje ni ningún otro documento oficial que le asegurara su abordaje en un vuelo. Le enviaron un correo electrónico con la hora a la cual debía llegar y poco más, y él viajó desde La Habana únicamente con la esperanza de que todo estuviera bien.

Le mostró esa poca información a un trabajador del aeropuerto, quien le indicó que esperara en una sala, en la cual estuvo hasta la supuesta hora de salida indicada en el correo y un rato más. Un rato muy largo, mientras la habitación se iba llenando.

No fue sino hasta la noche, cuando la terminal estaba casi desierta, que guiaron a todas las personas de esa sala hacia el pasillo de abordaje. Tras muchas horas de espera, Leduán se vio, en pocos minutos, volando con destino a Jamaica, donde haría una breve estancia.

El aeropuerto jamaicano también estaba vacío. Ahí les cobraron cien dólares por persona, supuestamente para pagar su corta estancia en el país, pero nunca recibieron una visa de tránsito ni ninguna prueba oficial.

Todo fue demasiado extraño. Sin embargo, el viaje seguía su curso y Leduán estaba claro de que, mientras llegara a su destino, era mejor seguir órdenes y no hacer preguntas. Por suerte para él, a pesar de todo el viaje estaba realmente coordinado y llegó sin problemas al lugar que sería el pistoletazo de salida para otro periplo mucho más largo: el país de los volcanes.

En 2019 se flexibilizaron los requisitos de visado nicaragüense para los ciudadanos de Cuba, de manera que el número de viajeros de la isla a ese país creció exponencialmente. Ana Carolina García, directora de Promoción y Mercado del INTUR de Nicaragua, declaró que en esos tres primeros meses del año unos 5 000 cubanos habían

visitado su nación, mientras que en todo 2018 solo lo habían hecho 566.

«Ellos son amantes de nuestros volcanes –dijo entonces García–. No tienen volcanes, entonces, es impresionante para ellos que nosotros tengamos ese volcán de lago de lava activo, y que pueden ver de cerca, que es una de nuestras fortalezas o nuestros productos estrella en estos momentos».

El 22 de noviembre de 2021 el gobierno de Daniel Ortega anunció que la solicitud de visado como requisito de viaje para los cubanos, ya facilitada por la anterior medida, sería eliminada. Para viajar, bastaría con comprar un pasaje y reservar cualquier tipo de habitación para pernoctar.

Solo en diciembre de ese año, más de 6 000 cubanos viajarían a Nicaragua. Para 2022, la cifra ascendería a decenas de miles de personas que, como Leduán, volarían hasta el aeropuerto de Managua para –como se popularizó decir en Cuba a modo de chiste– «irse por los volcanes», una travesía cuyo objetivo no podría estar más alejado de los montes de lava.

Los volcanes nicaragüenses están ubicados al sureste del país, mientras que la ruta de los cubanos va, como la del resto de migrantes del continente, en dirección norte, con la línea de meta en los Estados Unidos.

## RAZONES PARA IRSE

El 30 de diciembre de 2021 Alfredo Ferreti llega a casa de su madre, en el municipio habanero Regla. Celestino, su hermano menor, empieza los preparativos para la fiesta de fin de año.

–No puedo quedarme mucho rato –les dice–. Vine nada



## Solo en diciembre de ese año, más de 6 000 cubanos viajarían a Nicaragua. Para 2022, la cifra ascendería a decenas de miles de personas que, como Leduán, volarían hasta el aeropuerto de Managua para — como se popularizó decir en Cuba a modo de chiste— «irse por los volcanes», una travesía cuyo objetivo no podría estar más alejado de los montes de lava.

más para avisarles que me voy de viaje esta misma noche.

Alfredo ha viajado en varias ocasiones a países de libre visado, como Guyana, para traer mercancía a Cuba y revenderla. Siempre ha sido bueno para buscar dinero, desde niño. Era pésimo en la escuela, pero chapeaba patios y trabajaba en un agromercado donde, además de billetes, sacaba alguna vianda.

A Celestino, diez años menor, le han contado que cuando nació, en pleno inicio del Período Especial en Cuba —una de las dos mayores etapas de escasez en el país desde 1959—, fue su hermano quien le consiguió las primeras malangas cuando la leche materna dejó de bastarle.

Después, la economía cubana fue estabilizándose y Alfredo, de adulto, tuvo todo tipo de empleos. Trabajó en el grupo empresarial GEOCUBA, en puestos de viandas, crió al menos ocho decenas de cerdos para vender y fue taxista durante un tiempo, manejando para turistas que, sobre todo durante el mandato presidencial de Obama en los Estados Unidos, llegaron a Cuba por montones gracias al «deshielo» temporal entre las relaciones de ambos países.

Así, fue mejorando la casita en la cual vivía con su esposa y sus dos hijas. Él mismo consiguió los materiales y arregló la vieja estructura de madera, la enchapó con placas de cinc y aluminio, le colocó un tejado de fibrocemento y fue resolviendo, para el interior, las comodidades que le fueron posibles.

El 27 de enero de 2019, mientras caía la noche, estaba ahí con sus dos hijas pequeñas. La mujer había salido. Él veía televisión y las niñas jugaban. El ambiente estaba pesado, como si un silencio total se lo hubiera tragado todo fuera de la casa. Después empezó un ronroneo lejano, un ruido que se fue intensificando hasta parecer, primero, un motor, y después un avión que se les venía encima. El cielo se convirtió en una llamarada sin fuego. Dentro de

la casa, las paredes empezaron a crujir y retorcerse ante una fuerza tremenda que las embestia y lanzaba objetos como bombas contra las placas metálicas.

Las niñas corrieron a la sala y él las abrazó. Las placas metálicas se fueron volando. Algunas tablas también. El techo temblaba y soltaba polvo y astillas. La pared del fondo cedió, se les fue encima. Alfredo lanzó a las niñas al suelo y puso su espalda para recibir el muro desprendido. Quedaron los tres enterrados por las tablas y la lluvia, que lo empapaba todo, mientras el resto de la casa se iba volando o se destruía. Los equipos, los platos, la ropa... Todo. El tornado de La Habana los dejó sin nada.

Más de dos años después, ese 30 de diciembre, Celestino y su madre acompañan a Alfredo a casa, aunque creen que solo se va unos días para traer cosas y vender. En parte, así ha podido volver a salir adelante. También regresó al taxi, ahorró algo de dinero y se hizo de su propio puesto de viandas y hortalizas.

Pero el local era alquilado, la dueña decidió venderlo y él quedó en la calle. Por otra parte, la industria del turismo agonizaba tras la pandemia de la COVID-19 y el inicio del mandato de Donald Trump en los Estados Unidos, pues restringió la mayoría de las facilidades para viajar a Cuba establecidas durante la «etapa Obama». Con su principal renglón económico (el turismo) muy debilitado y en medio de una crisis económica mundial, la isla entra en una etapa de escasez similar o peor a la del llamado Período Especial. No hay comida ni medicinas ni combustible, y el gobierno, encima de todo, apuesta por un «reordenamiento» monetario que lleva a la economía nacional por el camino de la dolarización y abre las puertas para una inflación y una devaluación del peso cubano sin precedentes. En diciembre de 2021, el dólar ha aumentado su precio de 24 pesos cubanos a 72. Para 2023, costará más de 200 pesos.



> Foto de Leduán Flores. No se especifica el lugar en la ruta.

Producto de la deplorable situación del país, el 11 de julio de 2021 miles de cubanos salieron a las calles para protagonizar una serie de protestas sin precedentes en la mayor de las Antillas, pero terminaron con una orden de combate emitida por el presidente Miguel Díaz-Canel en televisión nacional, un despliegue masivo de violencia policial y militar, y un saldo de más de mil presos políticos.

Cuando se abrieron las fronteras nicaragüenses para los cubanos, los millones que no habían huido ya volando hacia algún país o por mar, en balsas rústicas, vieron la oportunidad de escapar.

Alfredo es practicante de la religión yoruba, hijo de los santos Changó y Ollá, quienes le han advertido que su única opción es seguir hacia delante, sin parar, porque el día que se detenga a mirar hacia atrás acabará todo para él. Ahora, sin trabajo, habiendo perdido su última inversión y con la necesidad de reinventarse una vez más, está seguro de que «hacia delante», en este caso, significa en otra parte.

Antes de irse al aeropuerto, se despide de su hermano y su madre, y se sincera con ellos: «Me voy para Nicaragua. Voy a subir hasta México y a tratar de cruzar para los Estados Unidos. Ya yo no regreso».

## NICARAGUA

A diferencia de la mayoría de los cubanos que han hecho la travesía en esta etapa, María Isabel no voló directamente a Nicaragua, sino que consiguió la visa panameña, fue a ese país y luego subió en ómnibus y taxis como el que

la lleva ahora, que se detiene en medio de una carretera bordeada de tierra y monte.

–Hasta aquí puedo llegar –le dice el taxista–. Usted camine recto, no es muy lejos.

Ella baja del taxi, camina apurada y llega al sitio donde unas pocas barricadas plásticas cierran la carretera. Costa Rica y Nicaragua se dividen ahí. Apenas los separan esos trozos de blando material. Una barrera endeble que, sin embargo, parece ser la mayor protección contra cruces en la zona fronteriza.

A la derecha queda la oficina de inmigración para quien tenga los documentos necesarios y pueda cruzar legalmente. A la izquierda se abre un camino ancho de tierra que bordea el muro protector construido por el gobierno nicaragüense. Por ahí, justo frente a la vista de los oficiales de inmigración, van quienes planean cruzar de forma ilegal.

El trillo es ancho. Está lleno de irregularidades y raíces de árboles finos que crecen muy pegados los unos a los otros. Cuando llueve, se convierte en un pantano con charcos gigantes que luego dejan la tierra fangosa y llena de altibajos.

Hay mucha gente esta mañana. Gente limpia, sucia, con ropas nuevas o derruidas, gente que parece ser de la zona y otros que no, caminando hacia un lado o hacia el otro, cargando bultos, enormes jabas tejidas, o tirados en el suelo bajo la sombra, dejando descansar un rato las piernas de los zapatos enfangados.

El muro es un apilamiento de ladrillos grises sin recubrir, húmedos, llenos de moho, y todos siguen su borde como el camino de piedras amarillas del mundo de Oz. Algunos

vienen desde Nicaragua, ya sea regresando de un viaje rápido o llegando por primera vez (en los últimos años, muchos nicaragüenses han emigrado a su país vecino). Otros van en dirección contraria, como María Isabel, que avanza entre el resto de personas hasta el sitio donde la muralla se abre hacia la derecha y un mojón de cemento anuncia el comienzo del territorio nica.

Según datos de la International Organization for Migration, en 2022 más de 200 000 migrantes transitaron Costa Rica con la intención de seguir el viaje a la zona norte del continente, y solo entre el 23 de mayo y el 30 de junio de ese mismo año, cruzaron hacia Nicaragua más de 2 000.

María Isabel lo hace ahora. Llega a un punto de control donde ondea la bandera nicaragüense y se coloca en una fila de varias decenas de personas provenientes de distintos países: costarricenses, dominicanos, haitianos, venezolanos... Todos esperan para conseguir el salvoconducto que, por un valor de 150 dólares, les permitirá transitar legalmente por el país.

Cerca de las cinco de la tarde le llega su turno a María Isabel. Paga, recibe el permiso y se reúne con el taxista, que ya la está esperando para llevarla a un hospedaje. A partir de ahora, se supone que todo el camino esté planeado por quien la llamará en unas pocas horas para comunicarle que esta noche no podrá descansar.

—No te me duermas, mantente lista, que te vas esta misma noche. Por ahí por la una de la mañana pasa alguien por ti —le dirá, en esa llamada telefónica, «el coyote».

## §

Cerca del mediodía, Nelson Álvarez llegó al cuarto del hostel que tenía reservado desde Cuba. Pocas horas antes había aterrizado en Managua luego de una escala de ocho horas en México, que pasó, solo por tener pasaporte cubano, encerrado en una habitación diminuta donde no le permitían utilizar su teléfono móvil.

En el hostel se bañó, comió algo y contactó por WhatsApp al coyote. Le envió su ubicación y una foto con su rostro y la ropa que estaba usando. Aquel le respondió: «Hoy deben llegar otros cubanos. Si llegan, te movemos hoy mismo. Si no, vamos a tener que esperar hasta mañana».

Nelson no sabía prácticamente nada sobre el coyote. Lo había contactado una tía de su esposa desde Estados Unidos y a él casi no le habían dado información. Sabía que debía avisarle una vez que estuviera en Nicaragua y poco más. Ni su nombre, ni cómo lo transportaría, nada.

Se supone que las primeras personas en recibir el nombre de «coyotes» fueron quienes se dedicaban a guiar migrantes latinoamericanos por el desierto entre México y Estados Unidos, zona en la cual son comunes los coyotes reales,

cazadores carnívoros y solitarios de aspecto similar a un lobo pequeño. Con el paso de los años y el crecimiento de las operaciones organizadas de movimiento de migrantes a través de la masa continental, se les llama coyotes a las personas que organizan las trayectorias desde cualquier país latinoamericano hasta los Estados Unidos.

«Llegaron los que estábamos esperando, así que te vas hoy mismo —le escribió, al rato, el coyote de Nelson—. Por la noche pasa un hombre a buscarte».

El hombre llegó un rato después de que se hubiera ido el sol. Preguntó por él en la entrada del hostel y enseguida lo buscaron. Los hosteleros de Managua saben cómo funciona el asunto.

Nelson salió y se presentó. El hombre no le dijo su nombre. Era joven. Tenía un ojo torcido. Observó bien su rostro y su vestimenta, los comparó con la foto que le habían enviado a su teléfono móvil y le indicó que subiera a su carro. Pasaron por otro hostel, donde buscaron a una pareja de cubanos con un niño, y partieron rumbo a Jalapa, municipio nicaragüense ubicado al norte del país, justo en la frontera con Honduras.

El viaje duró seis horas a velocidades superiores a 100 kilómetros por hora, a veces hasta 150, mientras el hombre movía su ojo bueno de un lado al otro de las calles y a la pantalla del móvil, donde todo el tiempo estuvo recibiendo mensajes de voz que le dictaban por dónde ir para encontrar el camino libre de policías.

Cuando llegaron a Jalapa, se fueron alejando cada vez más de toda zona citadina. Las casas o edificios se perdieron y dieron paso a una carretera en medio de un monte, y después a un camino de tierra desolado, hasta que llegaron a una casucha de paredes desnudas que se alzaba como un punto grisáceo en medio de la nada.

—A bajarse, vamos —les dijo el chofer—. Aquí van a pasar la noche y mañana se van.

Nelson salió del carro con el cuerpo entumido. Apenas pudo estirarse un poco y lo mandaron rápido al interior de la casucha, que más bien resultó ser un cuartucho.

En el exterior, varios hombres pasaban el rato en hamacas con las fundas de las pistolas colgándoles del pantalón. Por todos lados había reguero. Todo estaba cubierto por ropas tiradas, cacerolas, botas y otros objetos cotidianos que se mezclaban, de forma totalmente natural, con una escopeta por aquí o un rifle con mirilla telescópica por allá.

Dentro había alrededor de cuarenta cubanos repartidos en colchones sobre el piso. Casi todo el espacio estaba ocupado y la gente pasaba el rato aburrada, tirada aleatoriamente, como las botas y las cacerolas de fuera.

La noche pasó tranquila, demasiado. También demasiado oscura, como si los bloques descubiertos de las paredes se tragarán cualquier vestigio de luz. Y entre algún ronquido

sobresaliente, el siseo de los insectos y el temor de estar, por primera vez en su vida, a merced de un grupo de personas armadas, Nelson no pudo pegar ojo. Pasó horas que parecieron semanas observando la oscuridad, hasta que los primeros rayos de sol se colaron entre el final de los muros y el techo de tejas metálicas, y los hombres de afuera los despertaron a todos.

Desayunaron y se prepararon para el viaje. Los separaron en dos grupos de alrededor de veinte personas, cada uno con un guía.

Nelson fue en el primero. Tomaron un camino estrecho de tierra que pasaba entre un bosque tupido y varios cuadrantes de distintas plantaciones. Caminaron durante quince minutos sin detenerse y llegaron a una cerca rústica, apenas algunos troncos clavados con dos o tres líneas de alambre de púas, como las que se ponen en las fincas para controlar al ganado.

Entre el sonido del viento y las aves, se coló de repente un ronroneo lejano.

–¡Agachados, verga! ¡Agachados todos! –gritó el guía.

Todos se doblaron sobre la tierra mientras él les seguía dando indicaciones: «¡Por acá, por acá! ¡Ustedes allá!». Los escondió entre yerbas y pequeñas lomitas de tierra. Se ocultó también él. Pasaron cerca algunos carros. Nelson escuchó los motores, casi le pareció sentir la vibración en el suelo, como si estuvieran justo detrás suyo, pero en pocos segundos el ruido se disipó y, al parecer, también el peligro.

–¡Pueden salir! ¡Vamos, no se me acalambren! ¡Salgan! –volvió el guía–. ¡Vamos, mis perros! ¡Todos por acá!

Levantó una de las líneas de alambre y todos corrieron hacia él. Cuando Nelson llegó, ya habían cruzado algunos. Pasó doblado y esperó en el otro extremo. Pronto hubieron cruzado todos y notaron que, medio escondidos entre árboles y matorrales, había un par de camiones cuyas partes traseras se asemejaban a jaulas para transportar animales.

–En eso se van a la verga de acá –les dijo el guía–. Ríanse un poco, perros, que ya están en Honduras.

## HONDURAS

La parte trasera del camión está totalmente descubierta. Sin techo o rejas protectoras, solo una baranda de madera a media altura ayuda a mantener dentro a las más de cincuenta personas que van de pie, apretadas unas contra otras.

Pegado al borde, Leduán Flores mira el panorama nocturno de yerbas y árboles y plataneros silvestres. Las luces del camión permiten ver los metros más cercanos hacia

## Las zonas de grandes lomas y montañas son las menos industrializadas, y muchas veces apenas están pobladas. Son grandes extensiones de vegetación aisladas, por tanto, perfectas para el paso de migrantes ilegales.

delante y hacia atrás: el camino de tierra y piedras, sin pavimento, los matorrales pequeños a ambos lados y, un poco más lejos, a veces uno o dos metros de suelo nivelado y otras, casi a rente con el borde del camino, la oscuridad total del barranco que abre la boca para tragárselos en cada una de las muchas curvas cerradas. La altura de la loma no para de crecer. Tampoco el apetito del abismo.

De todos los países centroamericanos, caracterizados por sus grandes lomas, montañas y volcanes, Honduras posee el territorio más montañoso y con mayor concentración de accidentes geográficos, alcanzando un promedio nacional de mil metros sobre el nivel del mar. Como es lógico, las zonas de grandes lomas y montañas son las menos industrializadas, y muchas veces apenas están pobladas. Son grandes extensiones de vegetación aisladas, por tanto, perfectas para el paso de migrantes ilegales.

El *Boletín Informativo* número 7 del Observatorio de las Migraciones Internacionales en Honduras revela que, durante 2022, más de 180 000 migrantes extranjeros habrán transitado el país, mientras que el Instituto Nacional de Migración hondureño revela que entre enero y septiembre de 2023 lo habrán hecho más de 308 000.

El camión que transporta a Leduán va muy rápido, brinca cuando pasa por encima de alguna roca en el camino. El viento de la noche le corta el rostro y le molesta en los ojos, que no se quieren cerrar. El joven cubano se rehúsa a perder de vista esos pocos metros de suelo firme que lo separan de una muerte segura.

Viene una curva. El camión la dobla a toda velocidad. Sigue recto, cada vez más rápido. Otra curva, otra. Una recta. Una piedra grande lo hace saltar por el lado izquierdo. La goma sube, cae pesada, suena como una bomba metálica





> Foto de Nelson Álvarez caminando para cruzar de Nicaragua a Honduras.

entre la paz de la loma y la noche. Otra curva. El camión la toma perfectamente, sin bajar ni un poco la velocidad. Otra. La goma izquierda resbala sobre un pedazo de tierra floja y se corre, mueve todo el camión hacia ese lado. La goma aplasta los matorrales del borde, los supera, cruza al vacío, empieza a caer, el barranco sonrío y abre más la boca, Leduán pierde la vista del espacio seguro, solo ve oscuridad, la oscuridad inescrutable del fondo frente a su rostro, cada vez más cerca. La tierra y las piedras caen y son tragadas. Desaparecen. Se hacen parte de la noche. Leduán cae aplastado contra la baranda. Los demás aterrizan sobre él. Quedan con dos ruedas hacia la muerte y dos hacia la vida, directo a ser tragados también, pero, nadie sabe cómo, gana la vida.

La mitad afincada a la tierra logra mantener al camión en lo alto de la loma. Todos se bajan. Leduán todavía siente el dolor de la baranda en el cuerpo y el de la oscuridad total en las retinas. Ayuda a los demás a halar el vehículo. Logran volver a colocarlo entero sobre el camino. Suben. El chofer arranca y siguen como si no hubiera pasado nada, avanzando sobre un país en el cual, en 2022, murieron 1 697 personas producto de casi 13 000 accidentes de tránsito.

## §

Nordys Torres levanta una pierna. La posa lo más adelante posible. Eleva la otra. Da una nueva zancada. Le arden los muslos, los glúteos. Se le resienten las caderas. Los pies se le encajan en el fango hasta encima de los tobillos y tiene que extraerlos para dar un paso y otro y

otro, mientras la lluvia, incansable, lo empapa y le entra en los ojos y la boca, que se mantiene abierta porque jadea más de lo que respira.

El grupo es grande. Quienes pueden se adelantan y él, junto a otros, va quedando atrás. En la adolescencia era enérgico y musculoso. Hacía ejercicios, bailaba mucho. Menos de diez años y una moto eléctrica le bastaron para volverse sedentario y ganar unos kilos que le pasan factura mientras intenta avanzar en medio de este monte hondureño, con los pies pesándole más que la cabeza y la mochila llena de bultos a la espalda, bajo los embistes de la tormenta tropical Julia.

Julia alcanzó su máxima fuerza en Nicaragua y ha perdido potencia desde entonces, pero aun así, continúa siendo causa de desastres en el resto de países centroamericanos. En Honduras ha provocado lluvias muy superiores a la media e inundaciones a todo lo largo del país, por lo cual el gobierno declaró una emergencia nacional con alerta roja en diez departamentos y amarilla en los otros ocho. Una vez acabe su paso, la tormenta dejará un saldo de 22 fallecidos, 23 000 personas evacuadas, más de 4 000 viviendas dañadas o destruidas y más de 188 000 personas afectadas, y ahora Nordys se abre camino bajo sus vientos y sus precipitaciones exageradas.

Cuando cruzó de Nicaragua a Honduras, al grupo de Nordys lo dividieron en varias camionetas. La lluvia ya estaba recia y el suelo era puro fango. Subieron y bajaron muchas lomas altas, llenándose del lodo que las gomas de los vehículos despedían por todas partes, hasta llegar al cruce de un riachuelo que se había alimentado de las

aguas precipitadas para convertirse en un pequeño río, imposible de cruzar en auto.

–¡Va a haber que caminar! –grita uno de los choferes.

–¡Vamos, vamos, abajo! –los apuran.

Nordys saltó de la camioneta y cayó en un mar de lodo. Se le salpicó el pantalón. Todos se salpicaron. Con cada salto llovía fango. Los carros iniciaron el rodeo necesario para recogerlos del otro lado y un par de guías se quedó con ellos para instruirlos en el cruce del río.

El agua no les llegaba a las caderas y tampoco tenía una corriente preocupante, pero hacía frío y en el grupo iban niños. Entre ellos, una pequeña de un año que iba en los brazos de su padre.

Más allá del riachuelo, el camino, bordeado de plantaciones de maíz, se alzaba hasta transformarse en una loma no muy alta, sin embargo, sumamente complicada por la tierra mojada y resbaladiza. Algunos tuvieron que doblarse, clavar las manos en el fango y escalar a cuatro patas. Otros cayeron, rodaron y tuvieron que escalar otra vez, y volvieron a caer y volvieron a rodar y acabaron con tierra hasta en el fondo de las orejas.

La bajada fue peor. La gravedad los halaba y el suelo era una pista de patinaje. El hombre que llevaba a la niña en brazos resbaló. Los pies se le impulsaron hacia el frente, se alzaron por el aire. Cayó de espaldas. El tiempo se ralentizó para todos. En segundos que parecieron años, el hombre se escurrió como por un tobogán hasta llegar a lo más bajo, y en otros que parecieron siglos, abrió los brazos y comprobó, para alivio de todos, que a la niña no le había ocurrido nada.

No habían terminado de digerir la escena cuando el celular de uno de los guías comenzó a sonar. Lo tapó con sus manos para protegerlo del agua y respondió la llamada. Nordys escuchó algunas palabras sueltas: *operativo, policía...* No hacía falta nada más.

–¡Vos sos! –le grita el guía al teléfono y después al grupo–: ¡A correr! ¡A correr, que viene la chepa! ¡Vamos! ¡Por aquí!

Apenas pudieron ayudar a levantarse al hombre con la niña y se armó la desbandada por el camino y el maíz. Llovía fango por todas partes. El roce de las plantas les raspaba la piel. Estaban fríos, agitados. Corrían contra vientos sostenidos de treinta millas por hora.

–¡Vamos! ¡Por aquí! –grita el guía.

Nordys intentaba seguirle el paso. También el resto de la gente, algunos de edades avanzadas o arrastrando a sus hijos para que alcanzaran una velocidad que les era imposible mantener por más de pocos minutos.

El maíz se abrió de repente y salieron a un claro con una casa rústica de madera.

–¡Aquí! ¡Entren! ¡Vamos, vamos!

Abrió la puerta y la cruzaron de uno en uno. Se apretaron

entre la penumbra húmeda del interior. Estaban todos mojados, llenos de lodo, y la casucha los protegía de la lluvia, pero crujía y amenazaba con desparramárseles encima ante cada soplido de Julia.

La espera se extendió por unas tres horas, hasta que llegaron las camionetas y pudieron seguir su camino entre los montes hondureños. Otra vez lomas arriba y abajo, por caminos intrincados y estrechos, llenos de barrancos potencialmente mortales.

Avanzaron varios kilómetros, pero los caminos cada vez estaban en peor estado. Ya ni siquiera hacía falta un río para destruirles la vía. La tierra se había humedecido tanto que las gomas de las camionetas la removían y se hundían en lugar de avanzar. La caravana se detuvo una vez más. Los guías y los choferes conversaron entre ellos y acordaron una solución: sacaron algunas cadenas gruesas que llevaban consigo y las colocaron alrededor de las gomas de una camioneta.

–Mujeres y niños, vengan acá. Van a terminar la chamba aquí con nosotros –le dijeron entonces al grupo–. Los hombres van a tener que seguir a pata. Sigán recto sin salirse de este camino. Caminen y caminen sin ahumarse el ayote, hasta que nos encuentren.

Y se fueron. Los hombres del grupo quedaron solos, en medio de un monte, en un país del que no conocían nada, con los pies hundidos en el fango y las gotas de la tormenta cayéndoles como bloques de agua disparados por un cañón.

Hicieron lo que les dijeron. Caminaron y caminaron y caminaron hasta este momento, en el que a Nordys le falta el aire y no siente las piernas. Pero sigue andando. Todos siguen andando. Les pesa el cuerpo, la mochila, la ropa empapada y hasta el alma, y cada varios pasos uno saca algo de sus bultos y lo abandona a un lado del camino para quitarse, por lo menos, unos gramos de encima.

Nordys teme no poder conseguirlo, quedarse muy atrás y ser abandonado. Si no fuera porque el agua fría, de alguna forma, le adormece los sentidos, el cansancio le hubiera ganado hace tiempo. No tiene idea de cuánto le falta y, la verdad, es mejor. Lleva unos cinco kilómetros caminados. Si supiera que todavía no llega a la mitad del camino, probablemente se rendiría ahora mismo.

## §

Nelson Álvarez llega a una terminal de ómnibus en Tegucigalpa. Su viaje, luego de salir de las primeras lomas de Honduras, ha sido bastante bueno, recorriendo calles en vanes u ómnibus hasta la capital hondureña. Aquí recibe un ticket para viajar, supuestamente, de Tegucigalpa a San Marcos, pero en realidad nunca llegará a esa ciudad, sino





> Foto de Nordys Torres en Honduras.

hasta Aguas Calientes, desde donde cruzará a Guatemala.

El bus sale cerca de las seis y media de la tarde. La mayoría de los asientos están ocupados por cubanos, como también la terminal. Cuando llevan alrededor de una hora de viaje, el chofer detiene el vehículo al llegar a un retén policial. Los retenes en medio de las calles son comunes en estos países centroamericanos. Pueden estar ubicados una garita u otro tipo de estructura preparada oficialmente para funcionar como punto de control vial o ser simplemente una patrulla detenida a un lado de la carretera que ordena parar a los vehículos.

La puerta del bus se abre y sube un oficial. Se le ve serio. Uno no andaría en juegos con él solo de verle la cara, y mucho menos al notar la escopeta recortada que lleva consigo con la naturalidad del policía que porta una porra colgada del cinturón.

–Buenas tardes para todos –dice el policía–. Voy a necesitar que todos me muestren una identificación. La sacan y se mantienen en sus asientos. No quiero despije. Los pocos hondureños que viajan en el bus sacan su documento de identificación. Los cubanos, su pasaporte. El agente recorre la totalidad del vehículo observando a distancia, pero sin pasar por alto ni uno solo de los documentos. Luego selecciona a algunas personas:

–Vos, vos, vos... Bajen del vehículo, por favor, y se me mantienen allí hasta que diga que pueden subir.

Los seleccionados cumplen su orden. Son, para nada de forma casual, solo los hondureños.

–Ahora vamos a conversar nosotros de cómo es esta chamba –les dice el policía a los cubanos en el bus–. Es

fácil: yo sé por qué están aquí y cuáles son sus intenciones. Si quieren continuar, van a tener que soltar las bolas. Son veinte verdes por cabeza. Si no, hasta aquí llegaron.

El viaje es reciente y casi todos cuentan todavía con la mayor parte del dinero dispuesto para completarlo, así que le pagan los veinte dólares sin mucha dilación y siguen su camino. No saben que este será solo el primer retén de un largo viaje en bus. Aún les faltan cinco retenes y mucho dinero que soltar.

## §

Cuando Nordys ve las nuevas camionetas que los esperan en la lejanía, piensa que pueden ser un espejismo, como en esos dibujos animados en donde un personaje sediento se lanza contra un oasis en el desierto y acaba tragando arena. El cuerpo apenas le responde a estas alturas. Arrastra los pies por dentro del fango en lugar de levantarlos. Ya no puede definir si el agua corriéndole por la cara es lluvia, sudor o lágrimas.

Las camionetas resultan ser reales. Llega, las toca para asegurarse. Están heladas, húmedas, pero existen y puede entrar a la parte trasera de una y tirarse al suelo con las extremidades estiradas, casi desfallecido. Respira profundo. Ríe a carcajadas. ¡Lo logró! Increíblemente, lo logró.

Pronto montan los demás y tiene que volver a recoger su cuerpo hasta convertirlo en un capullo para caber todos en el mismo espacio. Avanzan muy poco en estos vehículos, si acaso unos diez minutos. Llegan a una plaza abierta, rodeada de puro bosque, donde hay decenas de

carros, camionetas, camiones, buses... Una muchedumbre se reparte bajo la lluvia para montar en este o aquel medio de transporte.

Su grupo es unido con otros y los introducen en el remolque de un camión. Son alrededor de cien personas. El remolque es un cubo metálico completo. Si no fuera por unos pequeñísimos agujeros que dejan pasar algo de luz por algunas partes, estuviera herméticamente cerrado.

Cuando se ponen en marcha, Nordys siente la velocidad y los movimientos del vehículo. Cae hacia delante, hacia atrás o hacia los lados según a dónde lo lleve la inercia. Todos van de pie. No hay de qué agarrarse. Solo se sostienen los unos a los otros por la apretazón tan cerrada que no permitiría caer a nadie. Todos están mojados, pero el calor humano no tarda en transformar el frío del ambiente en un horno dentro de la caja metálica. El agua de lluvia en sus ropas se vuelve una sopa caliente. Sudan mucho. El sudor se mezcla con el resto de la humedad y crean una cámara de vapor. Cada persona respira la respiración de los demás. Es molesto, asfixiante. No pueden ver nada hacia el exterior. Solo sienten. Sienten cómo suben y bajan y doblan en alguna curva, cómo tiemblan al tomar un bache y cómo, en un momento, el camión comienza a inclinarse hacia un costado, primero con lentitud, para terminar cayendo de lado estrepitosamente.

Se desploman unos encima de otros. La caja metálica se llena de gritos y algún llanto infantil. Nadie puede ver nada. Los pequeños agujeros en el metal no permiten distinguir ninguna imagen, sin embargo, sí dejan entrar el agua. Por los orificios que quedan debajo tras el vuelco comienzan a entrar chorritos que empiezan a inundar el cajón. La desesperación aumenta. Las personas se golpean en medio de la cruzada de todos por escalar a lo más alto de la pirámide humana.

De repente, la puerta se abre y empiezan a salir entre empujones. Nordys entra en la corriente de personas que fluye al exterior y pronto vuelve a encontrarse bajo la lluvia y los vientos huracanados. La piel se le eriza por el cambio repentino de calor a frío. El camión está de lado sobre un riachuelo crecido y el chofer, un niño de catorce años, les pregunta si todos están bien y les explica que fueron volcados por una roca grande, oculta bajo el agua, y que ahora entró líquido al tubo de escape y, aunque lograran enderezar el vehículo, va a ser imposible continuar.

Otra vez varados, de pie, bajo el cielo que no parece cansarse de escucharlos o llorarles encima, quién sabe.

Vendrán a buscarlos cerca de las doce de la noche, en varias camionetas custodiadas por adolescentes de ojos rojísimos que chuparán porros de olor entre yerba y químicos, y cargarán cada uno una ametralladora. Los distribuirán en pequeños grupos por todas las camionetas y

los llevarán a un hotel cercano a la frontera con Guatemala, desde donde, por fin, al otro día, abandonarán Honduras, pero antes podrán bañarse, secarse y comer algo.

De momento, todavía se está yendo la tarde y tienen que esperar al lado del camión hasta que todo eso ocurra, sin parar de mojarse ni un segundo, tras haber hecho aquel recorrido de más de diez kilómetros a pie y sin haber comido ni un bocado desde hace, al menos, dieciséis horas.

## GUATEMALA

La Ratona camina deprisa, afincando bien las botas en el trillo de tierra abierto en medio del monte.

María Isabel sufre la humedad selvática y no para de sudar mientras, acompañada de un joven que ha hecho la travesía con ella desde Nicaragua, le sigue el paso a la otra mujer.

Cuando cruzó a Honduras, el guía de turno le entregó varios sobres con dinero. En cada tramo debía darle uno a una nueva persona que se encargaría de transportarla a un punto dentro del país. Los primeros fueron sencillos, en buses o taxis, pero en este último tramo, el del cruce, había desplazamientos de policías y debieron tomar un rumbo más intrincado.

La Ratona recibe el último sobre de dinero y es la encargada de cruzarlos a Guatemala. Al no poder tomar la ruta más convencional, los trae por este camino de tierra aislado.

El sudor empapa el rostro y el cuello de María Isabel. El clima espeso la envuelve como una brasa y los mosquitos le chiflan cerca y le pican la nuca y las orejas.

El camino va subiendo de a poco, toma una rampita inclinada y se convierte, de pronto, en la loma descomunal cuya altura podía adivinarse desde lejos, pero no la inclinación de su pendiente, más cercana que lejos de los noventa grados.

La Ratona trepa haciendo honores a su sobrenombre: afinca manos y pies, y sube con la agilidad de una alimaña.

María Isabel, detrás, asciende con mucha menos ligereza. A veces le resbalan los zapatos. Suda más. Juraría que la humedad le pesa literalmente. Se le agita la respiración y la Ratona no para de subir y de subir y de alentarlos con que «vamos, esto no es nada, apúrense, ya falta poco y suban, suban, suban», y los músculos se sienten pesados y luego duelen y luego arden y «suban, suban, suban», hasta que por fin la masa de tierra para de crecerles en las narices y tocan la cima.

Unos metros más allá, encima de la tierra rojiza, se alza un pueblito de casas despintadas, en una de las cuales pasarán la noche. Se supone que ya están en Guatemala.



§

–¿Quién es esa gente? –grita el policía desde la calle–. ¿A quién llevas ahí?

–Son pasajeros, compa, nada más –responde el chofer.

–¡Sho! Ni compa ni nada. Dime quiénes son de una vez.

–Normal, pasajeros. Yo no quiero clavo, pero ¿qué más quiere que le diga?

–¡Dime de una vez o el que va a terminar pisado vas a ser vos!

La discusión parece hacerse eterna y Nelson, en su asiento del bus, reza por que no se le vaya a truncar el viaje luego de haber cruzado dos países y faltándole tan poco para llegar a México.

Apenas un día antes, cruzó desde Aguas Calientes, Honduras, hacia Guatemala. Lo hizo a través de un monte tupido por el cual cambió de país sin ni siquiera enterarse, sin cruzar una cerca ni nada parecido, y llegó a la finca donde unos carros recogieron a su grupo para llevarlo a donde pasarían la noche, una casa del municipio guatemalteco de Esquipulas.

Esta mañana lo trajeron desde ahí hasta esta terminal para abordar el autobús en el que, se supone, irá hasta una zona cercana a la frontera mexicana. Pero el policía y el chofer siguen discutiendo y no parece que vayan a arrancar pronto.

Ahora llega otra patrulla con un grupo de oficiales de uniforme distinto. Nelson no conoce cómo se dividen las fuerzas policiales guatemaltecas, cuál es la diferencia entre unas y otras. Quizás estos últimos son oficiales de inmigración, porque, al explicarles el otro qué está ocurriendo, uno de ellos responde: «Ok, nosotros nos encargamos», y aquel se muestra conforme.

El oficial sube al ómnibus. Camina hacia el fondo del pasillo, casualmente justo donde está sentado Nelson, y le dice: –Déjeme ver el permiso que tenga para transitar por el país.

Nelson no se atreve a decir una palabra. Solo saca su pasaporte del bolsillo y se lo entrega. El oficial lo hojea por unos segundos, mira con detenimiento una página, luego otra y se lo devuelve. Sale del vehículo y les informa a los demás que todo está en orden. El bus puede continuar.

Pocos segundos después, avanzan por la carretera y Nelson solo puede reír para sus adentros. Su pasaporte tiene el sello de su salida de La Habana y un montón de páginas en blanco. Ni visa ni permiso para atravesar país alguno.

§

Laura Rodríguez y su novio recorren también las calles de Guatemala. Su grupo, bastante grande, fue dividido en

**Si bien se le puede llamar «coyote» a la persona que te guía directamente en el cruce de una frontera o en la trayectoria para atravesar un país, los coyotes con los que los cubanos contactan en Cuba son más bien organizadores.**

varios vanes con entre diez y quince personas cada uno, y viajan a velocidad de persecución aunque no parece que los persiga nadie.

Se topan con un retén policial y, mientras en los tramos anteriores encontrarse uno significaba soltar dinero, en este todo fluye con una organización increíble.

El primer van frena. El policía saluda brevemente al chofer, quien solo le dice: «Traigo a 13 del Cachorro».

–Ah, perfecto. Continúen.

No hace falta mediar más palabra.

Lo mismo hacen los choferes de los otros vanes y pasan como si nada.

El camino está lleno de retenes, pero todos funcionan igual.

Su recorrido acaba en la casa en la cual pasarán esta noche, donde los espera el Cachorro.

El Cachorro es el coyote encargado de organizar su paso por Nicaragua y el cruce a México. Muestra una seriedad y una organización muy superiores a las del resto de los guías que han visto hasta ahora. Al conocerlo, Laura comprende la diferencia de roles en el proceso.

Si bien se le puede llamar «coyote» a la persona que te guía directamente en el cruce de una frontera o en la trayectoria para atravesar un país, los coyotes con los que los cubanos contactan en Cuba son más bien organizadores. Preparan el viaje de sus clientes utilizando guías y transportistas locales de cada región. Es así como en un bus o en una caravana de autos pueden encontrarse clientes de diferentes coyotes, que van en grupo por una zona, luego se separan y a veces vuelven a encontrarse más adelante o no se ven más en el resto de la travesía.



> Foto de Nelson, en el río entre Guatemala y México.

El viaje de Laura tiene dos coyotes principales. Uno es el Cachorro, en Guatemala, a quien le debe pagar 1 100 dólares por ella y su novio, pero él les pide una lista de todo cuanto han gastado hasta ese momento en retenes, comida y gastos comunes, y se los rebaja del total. El otro, a quien deben darle la mayor parte del dinero, está en México y lo conocerán más adelante.

§

El ómnibus ni siquiera tiene asientos. Así caben más personas. Van cerca de cien, de pie, bien juntas y agarrándose de ellas mismas. No hay un solo tubo u otra cosa de la cual aguantarse. Las ventanillas van cerradas, no tienen permitido abrirlas, y se respiran encima como mismo se caen encima cada vez que el chofer dobla apurado una curva para no ser alcanzado por la policía.

La patrulla los persigue hace algunos minutos. Encendió la sirena y el chofer subió la velocidad, y así recorren la

madrugada de estas calles guatemaltecas, en una persecución que puede acabar de cualquier forma.

Nordys, en el ómnibus, choca contra las personas a su alrededor y reza tanto por que el chofer baje la velocidad como por que la aumente y la patrulla no los alcance. Su mente no puede elegir entre la muerte o la deportación.

Se acercan a una intersección. El chofer no disminuye la velocidad ni para mirar hacia los lados antes de cruzar. La atraviesa como una bala y, justo detrás del bus, unos seis o siete carros aparecen por la calle cortante y se detienen en medio del camino. El frenazo repentino hace chirriar las llantas de la patrulla contra el pavimento.

El ómnibus sigue su trayectoria y los migrantes también. Nordys respira lo más profundo que puede en aquel espacio cerrado. Logró escapar de otra.

§

—¡Llegamos! ¡Vamos, todos abajo!

Nelson sale del trance en el que su mente había entrado durante el viaje.

No sabe cuántas horas lleva encerrado en aquella jaula, en la parte trasera de un camión, con una lona por encima para mantener la carga cubierta. Él y el resto del grupo tirados en el suelo, en una especie de Tetris humano en el cual, cada cierto tiempo, uno mueve un brazo o una pierna para encajarla en otro sitio y cambiar la posición cuando empieza a molestarle.

Salen de la jaula en un sitio abierto, similar a una cantera, pero en lugar de gente picando piedra para extraer algún material, hay migrantes esperando para ser transportados.

A él y a los demás de su grupo se los van llevando de a poco en carros medianos, cuatro o cinco como máximo en cada viaje. Los conducen a un hotel ubicado en la zona de El Ceibo.

El Ceibo es una región dividida en dos. La misma zona, con el mismo nombre, está separada por la frontera de Guatemala con México, de modo que existen El Ceibo, México y El Ceibo, Guatemala, uno al lado del otro y conectados por el río San Pedro.

Nelson está muy poco tiempo en el hotel. Ni siquiera le alcanza para bañarse o comer algo. Enseguida transportan a quienes han llegado de su grupo en pequeños triciclos motorizados hasta la orilla del río, donde los esperan cuatro lanchas.

El río San Pedro, si se le mira en un mapa, es apenas un hilillo azul entre el verdor de los alrededores. Cuando uno lo está atravesando, sin embargo, es una serpiente ancha de agua, rodeada de yerbas y con verdes imágenes montañosas de fondo. Cualquier parte de su orilla es un perfecto «medio de la nada», y justo ahí encallan luego de

menos de una hora de viaje: en medio de la nada, dentro del monte espeso, en un punto que, según el GPS de los teléfonos celulares, aún es Nicaragua.

Poco tiempo después, aparece un camión para llevarlos hasta La Piedra. El camino es de puros árboles y herbazales. Ningún muro, ninguna cerca, ninguna muestra de haber cambiado de territorio. Al llegar al poblado de La Piedra ya están en México.

## MÉXICO

En territorio mexicano, a Laura Rodríguez, su novio y las demás personas que han hecho el último tramo de viaje con ellos los montan en los remolques de un par de tractores enormes, con un máximo de velocidad que uno no imaginaria para ese tipo de vehículos.

El primer tractor es manejado por un hombre de la zona. El segundo, en el cual va Laura, lo maneja su hijo, un niño de trece años que carga, en su remolque, la vida de decenas de migrantes cubanos.

Junto con los miembros del grupo de Laura, suben al segundo tractor tres personas que no había visto hasta ahora: dos hombres y una mujer. Visten ponchos y ropas tejidas de estilo originario centroamericano y la mujer es de piel tostada con ojos rasgados, así que Laura piensa que son migrantes de cualquiera de los países pasados, pero, cuando hablan, sobresale su acento cubano.

Conversan bajito entre ellos y la mujer empieza a soltar lagrimones incontrolables. Los demás se preocupan por su estado y ella les cuenta:

—A nosotros nos estafaron. Nos lo han quitado todo, hasta la ropa... No nos queda nada... —solloza y sigue hablando—. Yo... Yo de lo único que me alegro es de no haber traído a mi hijo. Con lo que yo he pasado... me alegro de haberlo dejado —y rompe en un llanto peor.

En ese instante, paran los tractores para bajarlos a los tres. Los montan en unas motos, se los llevan y los tractores siguen su camino. Quizás sea lo normal. Puede que su viaje siga por otro lado. De cualquier forma, Laura no sabrá más nada de ellos.

### §

Alfredo Ferreti había tenido un viaje increíblemente sencillo desde Nicaragua hasta México. Casi todo el tiempo en buses y camionetas, sin contratiempos.

Al llegar a Tapachula, se encontró con una ciudad atestada de migrantes. Organizaciones de derechos humanos que trabajan en la zona estiman que debe haber, por lo menos, entre 40 000 y 50 000 migrantes en esa ciudad, la más

grande de la frontera México-Guatemala, esperando los salvoconductos que entrega el gobierno mexicano para avanzar legalmente hasta la frontera norte.

Esta situación lleva años en Tapachula. A pesar de que cada día salen miles de personas, ya sea porque logran obtener el permiso o porque se van sin él, llega la misma cantidad o más, y se mantiene el tranque en la ciudad, donde el ambiente está cada vez más caldeado.

Alfredo se informó y notó que, con algo de paciencia, le sería relativamente más fácil lograr un estatus de legalidad como residente mexicano en lugar de pelear con miles de migrantes por un salvoconducto y, además, podría traer a su familia y cruzar todos juntos a los Estados Unidos.

Decidió esperar en Tapachula. Encontró trabajo en un hostel y contactó a un abogado que, por 3 000 dólares, le tramitaría su residencia con rapidez, pero el salario era una miseria que no le alcanzaba para sobrevivir y el abogado, tras cobrar el dinero, dejó su caso en el aire y desapareció.

Todo parecía ir cuesta abajo para Alfredo: en un país desconocido, sin dinero y sin apoyo de ningún tipo, hasta que, buscando por todas partes, consiguió un trabajo un poco mejor como cocinero en un restaurante. Uno de los dueños del lugar, casualmente, era abogado, y tras conocer a Alfredo comenzó a ayudarlo con sus papeles sin desangrarlo económicamente.

Además, Alfredo logró encontrar al otro abogado. Una prima asegura que hubo algún tipo de pelea, aunque no sabe más detalles. Celestino, su hermano menor, dice que no sabe cómo lo logró, pero el hombre le estaba devolviendo los 3 000 dólares poco a poco.

Como en una montaña rusa, toda su vida había parecido precipitarse al vacío para luego iniciar el camino al cielo.

### §

Laura ha pasado estos últimos días en una casona en un pueblo rupestre casi sin poder ver a su novio, encerrada en un cuarto lleno de mujeres. Según les dijeron, al «patrón» no le gusta que se junten hombres y mujeres en la casa.

Cada noche un grupo de personas sale de la casona hacia dos destinos posibles: Cancún o Mérida. Una noche se van quienes viajarán a Cancún, la próxima quienes irán a Mérida, y así sucesivamente.

Laura y su novio deben ir hacia el segundo destino para encontrarse con su coyote. La primera noche que estuvieron aquí salió un grupo hacia allá, pero ellos no cupieron en el viaje. La segunda tocó Cancún. En la tercera deberían haberse ido, pero les dijeron que había un problema y no salió nadie de la casa. La cuarta volvió a tocar Cancún. Esta es su quinta noche y por fin los sacan de la casa para iniciar el viaje.

## A los policías no les interesa un enfrentamiento directo con los otros, un «págame o te mato» donde fácilmente pueden salir perdiendo. La situación es, más bien, un «págame o te destruyo la mercancía y todos perdemos dinero». Y la mercancía son los migrantes.

Se moverán en una caravana de tres vanes. El primero es el denominado «auto bandera», y apenas lo ocupan el chofer y un copiloto. En el segundo va un escuadrón de hombres armados con los ojos inyectados de sangre y drogas. Y, en el tercero, los migrantes.

Todo el grupo no cabe en un solo van y solo hay dos mujeres contando a Laura, así que llenan el tercero con los hombres del grupo y a ellas las suben al segundo, donde van los tipos cargados de pistolas y fusiles.

Pasa tan rápido y los agitan tanto que, cuando Laura nota que su novio no irá con ella, y cuando él nota que ella no va en su vehículo, ya están en movimiento y no hay tiempo para réplicas.

Atравiesan la noche a toda velocidad. Los hombres armados fuman. Se les notan los ojos rojos y brillantes entre las sombras, como demonios.

Llegan a un primer retén y el carro bandera pasa sin problemas, el segundo también, pero, sin haber avanzado mucho, el chofer recibe una llamada.

–¿Cómo que no los dejan pasar? –le habla al teléfono–. Pinches hijos de su madre... Vamos de vuelta.

Dan vuelta en U hacia el retén. Al llegar, el van con el grupo de migrantes está detenido. Los policías se niegan a dejarlo continuar. El chofer del segundo carro se baja y le habla a uno de los oficiales:

–¿Qué te pasa, wey? ¿Por qué no dejas pasar si sabes que esto está pagado?, pinche cabrón.

–A mí nadie me ha soltado nada –le responde el policía–. ¿Quién carajo es tu jefe?

–No te voy a decir quién es mi jefe, chinga tu madre, tú lo sabes muy bien.

–Yo no sé nada. Ustedes son los que saben cómo funciona la chamba y a mí no me han soltado nada. Dime quién es tu jefe.

–Que no te voy a decir nada, hijo de tu pinche madre.

En medio de la discusión, el carro bandera también regresa y el chofer habla con alguien por el teléfono móvil.

Cuelga la llamada y en pocos segundos suena la radio del coche patrulla. El policía pone pausa a la bronca para responder, mantiene una conversación corta a través del aparato y enseguida sale.

–Discúlpenme, caballeros –cambia por completo su tono–. Todo fue un error. Por supuesto que pueden seguir.

Los choferes vuelven a sus puestos y continúan la marcha. Avanzan unos pocos kilómetros antes de llegar a otro retén policial. Esta vez, el primer auto vuelve a pasar sin problemas y es el segundo al que detienen. El conductor avisa rápido a los otros y el tercer van frena donde está, mientras que el primero regresa una vez más.

Estos oficiales ni siquiera quieren conversar demasiado. Sin hacer preguntas, apuntan los cañones de sus fusiles al van. Los hombres se bajan, desenfundan sus pistolas, les muestran sus propios fusiles y discuten con los policías, pero estos nunca les apuntan a ellos, solo al carro, donde, apretadas al final del asiento, se mantienen Laura y la otra joven.

A los policías no les interesa un enfrentamiento directo con los otros, un «págame o te mato» donde fácilmente pueden salir perdiendo. La situación es, más bien, un «págame o te destruyo la mercancía y todos perdemos dinero». Y la mercancía son los migrantes.

Laura tiembla al verse cara a cara con los fusiles. Su acompañante es religiosa y no para de rezar. Fuera, los dos bandos discuten:

–¡A mí no me han pagado nada, carajo! –grita uno de los policías–. ¡¿Qué se creen, que se está aquí de gratis o qué chingada?!

El chofer del carro bandera está nuevamente conversando por su teléfono móvil. Esta vez, va directamente hacia el oficial y le pasa el aparato. El policía escucha a la persona del otro lado y automáticamente baja su arma. Los otros lo imitan.

–Perdónenme –dice ahora con el rabo entre las patas–, es que a mí no me han dado un pinche peso. No tengo ni para un refresco.



–Ni vas a tener –le dice el conductor del segundo van–. No te voy a dar ni un peso para un café, malnacido, porque tú eres un perro. ¿Cuándo van a entender que aquí mandamos nosotros, carajo? ¿Que todavía no se la saben o qué? Vayan a chingar a su madre.

El oficial lo escucha en silencio, sin hacer ni siquiera un ademán de respuesta. Escucha y traga, nada más, y cuando el chofer se desahoga por completo, la caravana sigue su rumbo.

Avanzan otro buen tramo sin contratiempos. Se suponía que irían a una terminal para tomar un bus, pero los retenes los han demorado, son cerca de las tres de la mañana y el bus ya es historia, así que los guías optan por un plan B: los llevarán a una construcción solitaria donde esperarán taxis para seguir su camino.

El carro bandera se desaparece cuando ya no hay peligro, cerca de la meta final. Los primeros en llegar son los del segundo van. Solo bajan el chofer y las dos muchachas, y el hombre las lleva entre la oscuridad hacia el edificio solitario donde deberán esperar. Él va delante. Detrás, ellas arrastran los pies por la tierra para detectar piedras. Disimuladamente recogen algunas, por si acaso.

El hombre se detiene de pronto y se gira hacia ellas. Abre la portañuela de su pantalón. Se saca el pene. Empieza a orinar y a reír. Moja toda la tierra con su orina y llena el ambiente de sus carcajadas y el olor asqueroso. Ellas aprietan los puños alrededor de las piedras. Esperan el próximo movimiento de él.

Se escucha un motor y pronto los iluminan las luces del último van, que acaba de llegar. El hombre se guarda el pene y sigue caminando, sin perder la sonrisa.

## §

En Mérida, a Nelson Álvarez lo dejan en un hotel más cómodo que cualquier otro hospedaje que haya tenido en el camino. Tiene una habitación con aire acondicionado, un baño respetable, buena comida y muchos cubanos para conversar y pasar un rato agradable.

En cuanto llega es visitado por su coyote. A estas alturas, la mayoría de personas ha tenido bastante contacto virtual con sus coyotes, pero Nelson apenas ha mantenido la relación básica de recibir alguna indicación de vez en cuando. Sin embargo, el hombre resulta ser también cubano y se muestra muy afable.

–Aquí vas a estar dos noches –le dice–. Descansa, recomponte bien, y después te paso a buscar para llevarte a una de mis casas.

Al tercer día, como le había dicho, se lo lleva. Tiene varias casas de seguridad, ubicadas en distintas partes de Mérida, y las llama por el color de sus paredes: la casa azul, la casa

verde, la casa blanca... Son unas cinco. Nelson pasa por varias de ellas en el viaje en carro hasta la que será la suya.

Ahí, encuentra alrededor de quince cubanos más. El lugar está lleno de colchones por todas partes y tiene un baño y una cocinita donde ellos mismos cocinan lo que el coyote les trae cada día.

En esta casa es donde Nelson debe saldar el resto del precio de su travesía, que ya comenzó a pagar en Guatemala. Por cuestiones de seguridad, casi nadie viaja con todo el dinero encima. Cada día, por turnos, el coyote los lleva a un supermercado donde hay una oficina de Western Union. Sus familiares en Estados Unidos deben mandarles por partes alrededor de 3 000 dólares, que ellos recogen y con los que luego pagan.

Durante la espera en la casa, el coyote tramita para cada persona un tipo de documento de dos posibles: o una visa falsa para el pasaporte o un documento de residencia, también falso. Ambos son visualmente perfectos, sería casi imposible diferenciarlos de los reales, pero, si se hiciera una búsqueda rápida en el sistema, no aparecerían de ningún modo.

Cuando tiene los documentos listos, el mismo coyote les compra ropa elegida por mexicanos, para que pasen desapercibidos, y los va sacando en grupos pequeños hacia el aeropuerto de Cancún, donde toman un vuelo hasta Ciudad de México.

En lo que espera su visa y van marchándose quienes ya estaban cuando él llegó, Nelson pasa dos semanas en la casa, pero al fin llega su turno de irse.

Hace un viaje sencillo. Lo dejan en el aeropuerto con el pasaje comprado, aborda el vuelo y llega a Ciudad de México sin ningún contratiempo, pero no todos tienen la misma suerte. A otros dos jóvenes de la misma casa, que se irán un día después, el coyote los mandará por otra modalidad de viaje: en lugar de un vuelo directo, deberán tomar varios vuelos con al menos dos escalas para llegar al mismo destino. «Es un poco más arriesgado –les dirá–, pero yo lo tengo todo controlado».

Meses después, de pura casualidad, Nelson se encontrará a uno de esos dos muchachos en los Estados Unidos. Ella habrá llegado gracias al nuevo sistema de parole para ciudadanos cubanos, venezolanos y haitianos, y le contará que en aquel viaje fueron detectados en una de las escalas y deportados a Cuba. Luego de eso, el coyote la bloquearía en las redes sociales por las que se comunicaban y nunca más sabría de él.

En Ciudad de México, Nelson debe ir a una terminal de ómnibus especificada por el coyote y comprar un ticket para un bus. Hay distintos niveles de confort y horarios para elegir, y el coyote fue específico en cuál debía tomar tanto en cuanto a confort como en cuanto a horario.

## Al subir al bus, se reparten a los migrantes por sexo: los hombres van automáticamente hacia los hombres y las mujeres a las mujeres. Otros se mantienen en el pasillo, gritando y con las armas de fuego listas para sofocar cualquier sublevación.

Supuestamente, ese el trayecto controlado por él. «Si te vas en cualquier otro es problema tuyo, yo no me hago responsable», le advirtió.

Tiene que ser el recorrido de las once de la noche y cuando Nelson llega está agotado, así que compra un ticket para el otro día y se va a un hotelito cercano para pasar la noche.

### §

El bus frena, se abre la puerta y suben los policías. Son muchos, están armados y llevan pasamontañas cubriéndoles los rostros. Comienzan a revolverlo todo. Gritan: «¡La plata! ¡Sáquenla toda! ¡Saquen todo el dinero que tengan! ¡Vamos!».

Tras haber llegado en avión a Ciudad de México, Laura abordó el bus con rumbo a San Luis Río Colorado. La escena no la toma por sorpresa. Estaba advertida de que en esta zona actúa un grupo de policías conocido popularmente como Los Bandidos, que les arrebatan a los migrantes cuanto dinero les encuentren encima y a veces también objetos de valor.

Ella trae sus billetes repartidos por distintos escondites: un poco en la cartera, otra parte en una rotura de su asiento y pequeños bultitos dentro de las almohadillas sanitarias que lleva consigo por si le cae la regla. Pero, más allá de cualquier previsión, resulta difícil imaginar

el modo extremo, desesperado incluso, en el que Los Bandidos buscan dinero.

Son hombres y mujeres por igual. Al subir al bus, se reparten a los migrantes por sexo: los hombres van automáticamente hacia los hombres y las mujeres a las mujeres. Otros se mantienen en el pasillo, gritando y con las armas de fuego listas para sofocar cualquier sublevación.

Los encargados de requisar a los migrantes son extremadamente prolijos en su tarea. Mandan a abrir los bolsos, revisan los bolsillos. A un muchacho que usa zapatos con suelas anchas, se las rajan a navajazos por si escondió algo dentro. La encargada de buscar dinero a Laura introduce una mano en su bolso. Lo revuelve todo. Se lleva los pocos billetes que encuentra y pasa al cuerpo. Le cacha los muslos, las nalgas, el abdomen. Sin previo aviso, la mano intrusa le atraviesa el escote y se mueve con tosquedad entre sus senos.

Laura se siente aliviada de que ahí se haya detenido. A otra joven, a su derecha, le abren el pantalón, le introducen la mano por la faja del blúmer y la forma en la cual abre los ojos da una idea de la profundidad alcanzada por el dedo de la policía en su escrutinio.

Los Bandidos terminan de revolverlo todo, se dan por satisfechos y abandonan el ómnibus.

El chofer enciende el motor y continúa. Nada acaba de ocurrir. Hay quien se lamenta por haber perdido mucho dinero, hay quien llora, hay quien siente la vergüenza y la violación de su cuerpo y sus pertenencias. Pero todos siguen y ya. Nada acaba de ocurrir.

Avanzan durante algunas horas más. Llegan a Mazatlán y el bus para otra vez. Ahora no es un grupo de policías cualquiera en busca de unos pocos dólares. Tampoco un grupo de policías bandidos ordinarios. Es «la migra», la guardia de inmigración mexicana.

Un oficial sube al vehículo. Va asiento por asiento, seleccionando al azar, como personificación del destino, quién va a correr con suerte y a quién le espera la desdicha y la desesperación.

–Tú, baja. Tú también. Baja. Baja. Tú, vamos...

Casi todos los cubanos se encuentran en el exterior, rodeados de oficiales de inmigración.

–Ahora todos me muestran todos sus papeles, sus permisos para estar en el país, lo que sea que tengan –les dice el oficial.

Sacan sus pasaportes visados, sus papeles de residencia, todos falsos, y el oficial ni se toma el trabajo de mirarlos:

–No se me molesten, la verdad. Yo sé que todos esos pinches documentos son más falsos que la dentadura de mi abuelita, así que vamos a hacer lo siguiente: los machitos se me suben al bus y bajan todos los maletines. Las damas, andando por acá.

Las lleva a un ómnibus gris de ventanillas enrejadas. Laura sube a esa prisión rodante y llora. Se imagina volviendo a Cuba luego de haber pasado tantos peligros y de haber perdido tanto dinero. No puede controlarse. Las lágrimas le salen a chorros y solo atina a escribirle un mensaje a su hermana en los Estados Unidos para decirle que se la están llevando presa. Luego apaga el teléfono.

Regresan los hombres con los bultos y acaban todos encerrados.

–¿Por qué tú nos haces esto? –le pregunta uno de los hombres al oficial de inmigración–. Nosotros no hemos hecho nada malo. Nosotros te pagamos lo que sea. Nada más queremos llegar.

El oficial sonríe con cinismo y le responde:

–Tranquilo, mi carnal. Ustedes toditos van a ir resolviendo su problema, pero de momento van a tener que ir a la cárcel.

#### §

En la noche del 1 de junio de 2022, Alfredo habla por una llamada de WhatsApp con su hermano Celestino, quien se está dedicando a la venta de viandas y le cuenta lo dura que está la situación. Los proveedores han subido muchísimo los precios y, por tanto, él también se ha visto obligado a hacerlo. La gente no tiene dinero. Cada día le compran menos y nada alcanza para vivir en Cuba.

–Quítate de eso –le dice Alfredo–. Mira, te tengo una buena noticia: si Dios quiere, pasado mañana me dan los papeles y en noviembre mando a buscar a las niñas. Espero que ellas estén rápido aquí, conmigo. Y para diciembre espero que tú y mi mamá también puedan venir. Así que búscate un trabajito que nada más te dé para el diario y ya, espera.

Tras el mensaje esperanzador, Alfredo dice que lo está llamando su jefe para que haga un encargo y cuelga.

Según contará un taxista mexicano con el que Alfredo hace viajes bastante seguido, el cubano lo llama cerca de las diez de la noche, luego de haber hablado con su hermano, y le pregunta si puede hacer un viaje. «Justo estoy fregando el taxi –le responde él–, si puede ser un poco más tarde te recojo».

Alfredo le da las gracias, pero dice que lo olvide. Mejor irá caminando y de paso comprará café, que le queda poco.

La mañana siguiente, los empaquetadores de bananos del rancho Santa Rosa, en la comunidad de San Nicolás Lagartero, llegan muy temprano, como siempre, para comenzar su jornada laboral. Sin embargo, no llegan a entrar a la finca. En el camino fangoso por las lluvias de los últimos días, tirado bocabajo sobre un charco, encuentran un cuerpo sin vida.

La policía llega y acordona los alrededores del cadáver.

Voltea el cuerpo para intentar reconocerlo. Cada vez más gente se agrupa contra el cerco policial, alimentada por el morbo que el horror extremo provoca casi siempre en el ser humano.

Es el mismo taxista quien, al pasar por la zona y acercarse al bulto para ver qué estaba ocurriendo, ve el cuerpo y exclama: «¡Ah, por Dios, pero si es Alfredo!».

En algún instante de su caminata solitaria, atravesando la noche de Tapachula, Alfredo Ferreti fue interceptado por no se sabe quién. Tampoco queda claro por qué, cómo transcurrió la pelea, cuántos fueron... Se sabe que recibió planazos de machetes en distintas partes del cuerpo. Se sabe que su rostro fue golpeado con la culata de una pistola. Se sabe, también, que los agresores no consideraron suficiente el haberlo golpeado y remataron la faena con un disparo en la parte posterior del cráneo. Luego transportaron el cuerpo en un vehículo motorizado hasta el camino fangoso y lo dejaron ahí tirado, con el rostro metido en un charco de agua sucia.

La policía solo llegará a la conclusión de que parece ser un ajuste de cuentas. Nada más.

#### §

–¡iLaura Rodríguez!! –gritan, y Laura se pone atenta en la celda.

Desde ayer está en prisión, en un calabozo pequeño sobre el final de una escalera. Su novio está en el primer piso, en otra celda repleta de hombres, y no tiene contacto con él. En la de ella también hay muchas mujeres. A algunas se las había topado antes durante su travesía, a otras las ve por primera vez. Una está embarazada de casi nueve meses y solo llora y grita porque no puede creer que su bebé vaya a nacer en México, y menos en una cárcel mexicana.

–Laura Rodríguez –vuelve el oficial, abriendo la puerta de la celda–, vas a salir ahora para hacer una llamada, porque tu abogada nos contactó.

¿Abogada, qué abogada? Laura no sabe de qué le hablan.

Una anciana de alrededor de setenta años, con quien había compartido una de las casas de descanso durante el viaje y ahora está en la celda, le explica rápido:

–Es Briza, es la abogada que está sacando a todo el mundo de aquí. Tienes que darle su número a tu familia.

Pero no le da el número de la mujer y Laura sale el doble de confundida. ¿Quién es esa abogada? ¿Cómo puede darle a su familia un número que no tiene?

La llevan hasta el teléfono y marca el número de su hermana. En cuanto escucha su voz, rompe en llanto. Logra decirle entre gemidos que es ella y poco más.

–Atiéndeme, no llores más –la interrumpe su hermana–. Piensa en el mar. ¿Qué hay en el mar? Brisa, ¿verdad?

## Son los últimos meses del año, el frío pela en tierra mexicana, no tienen abrigos lo suficientemente cálidos y tuvieron que pasar la noche en la segunda planta de esta casa que ni siquiera ha terminado de construirse.

Bueno, apréndete esa palabra. Así se llama tu abogada. Acuérdate. Ella va a ir a verte.

Laura cada vez entiende menos.

–Pero yo estoy presa –atina a decir.

–Yo lo sé. Yo te he estado rastreando por tu teléfono y sé dónde estás. Recuerda lo que te dije. La abogada va a ir.

No pueden hablar mucho. A Laura la devuelven a la celda y pasa las horas pensando en cómo su hermana la había podido rastrear por el teléfono que ella había apagado. Tiempo después, llegará a la conclusión de que encendieron y revisaron todos sus teléfonos para buscar información sobre ellos y poder contactar a sus familias.

A lo largo de esa mañana, las van sacando una a una para hacer la correspondiente llamada. En la tarde, la abogada va a la prisión y también las van sacando por turnos para hablar con ella.

Ya muchas familias tienen el contacto de Briza. Las que no, lo van recibiendo y se arma una red de comunicación sobre el tema de la abogada y el estado de sus familiares.

Por sus servicios, Briza cobra nada menos que 2 500 dólares por persona. La hermana de Laura paga por ella y su novio, y el precio de la travesía, que había sido de 1 100 dólares a pagar en Guatemala y 6 500 en México, aumenta 5 000 dólares, en lo que parece ser un tipo de secuestro policial. Los llevan a prisión, amenazan con deportarlos, aparece una abogada milagrosa que cobra a precio de coyote y todo se arregla sin más.

En dos días, Laura, su novio y algunos otros salen de prisión.

Caminan por las calles de Mazatlán con la ropa asquerosa del viaje y la celda, sin haberse bañado en días, sin cordones en los zapatos, porque se los quitaron tras ser detenidos, y prácticamente sin dinero. La mayor parte de los billetes de Laura se quedaron ocultos en la rotura del asiento del ómnibus.

Entre todos, logran pagar la noche en un hostel que encuentran por el camino y ahí, desesperados, sin saber cuál puede ser su próximo paso, la embarazada de la

celda le escribe a una de las muchachas que acababa de salir con Laura.

El mensaje dice que esperó hasta el último momento para confirmar que todo fuera cierto y sí, había resultado serlo, ya estaba a punto de cruzar a los Estados Unidos y ahora podía darles el contacto de quien lo había hecho posible. «Llámenlo –escribe–, él puede traerlos hasta acá sin problemas; se hace llamar El Licenciado».

§

Alberto tose y se mira la mano. Nordys Torres también la mira y ninguno de los dos se atreve a decir nada.

Alberto ha hecho toda la travesía junto a Nordys y ha tenido bastante mala suerte desde el mismo inicio. En el primer bus que tomaron en Nicaragua, le robaron el móvil del bolsillo y desde entonces ha sido una dificultad detrás de otra para él y el grupo.

Ahora comienza la mañana. Los rayos de sol los despertaron, pero, más que molestarse, agradecen el calorcito leve sobre sus cuerpos. La noche amenazó con congelarlos más de una vez.

Son los últimos meses del año, el frío pela en tierra mexicana, no tienen abrigos lo suficientemente cálidos y tuvieron que pasar la noche en la segunda planta de esta casa que ni siquiera ha terminado de construirse. Los marcos de las ventanas aún son solo eso, marcos, agujeros en la pared que dejan pasar el aire y la frialdad de la noche. En el suelo, por todas partes, hay lomas de arena y cemento y piedras, y, entre los materiales, los colchones finísimos sobre los cuales duermen.

Además del frío, cargan sobre sus cuerpos el cansancio del camino, los días casi enteros bajo la lluvia, los soplos de tormenta, y ya todos tienen catarro y el agotamiento mismo metido en los pulmones.

Nordys tiene fiebre, se siente mal, pero no tiene sentido quejarse cuando Alberto tose y los dos notan, en su mano, un rastro de sangre.





> Foto de Leduán Flores. No se especifica el lugar en la ruta.

### §

Cuando Laura escucha las tarifas del Licenciado ni siquiera quiere mencionárselo a su hermana. El hombre, según dicen, ofrece un servicio seguro, pero cobra otros 2 500 dólares por persona. No sabe si su hermana tiene ni puede gastar esa cantidad de dinero. Acaba de pagar 5 000 dólares para sacarlos de la cárcel.

Pero, por otra parte, ya casi no tiene dinero consigo, no sabe cómo continuar el viaje hacia el norte de México y tampoco cuenta con la protección de nadie para emprenderlo. Subir por su propia cuenta es, según ha quedado evidenciado, una locura.

En esos días, escucha la historia de una muchacha que fue secuestrada por algún grupo criminal y estuvo retenida bajo la «tranquilidad» de que le darían comida y la atenderían bien y, si pagaban por ella, la dejarían justo en la frontera de Estados Unidos, pero si no...

Otra amiga de Laura le contará que, al parecer, su coyote no les pagó a los narcos de cierto territorio y al ómnibus en el que iba lo ametrallaron. Tuvo que lanzarse al suelo y sobrevivió de milagro.

Al final, le habla a su hermana del Licenciado. Le dice que hay un hombre que puede llevarlos seguros a ella y su novio, pero cuesta caro. La hermana lo llama:

–Hola. ¿Es el Licenciado?

–Sí, ¿qué puedo hacer por usted?

–Mire, Licenciado, yo estoy en Estados Unidos, y tengo a mi hermana y mi cuñado en Mazatlán y necesito traerlos para acá.

–Ya, el problema es que yo tengo el equipo de pelota lleno de momento. No puedo añadir otro jugador ahora mismo.

–¡Pues ellos son otros jugadores y necesito que me los traiga ya, porque yo no puedo seguir con esto!

–Mi amor, cálmate, mira, el problema es...

–¡No, no me digas mi amor! ¡No me digas nada, que lo que estoy es alterada! ¡Yo necesito que me los traigan ya!

Al final lo convence y, en media hora, un taxi recoge a Laura y a su novio para llevarlos hasta Culiacán. En esa ciudad, el chofer los deja en un hostel y les dice: «Quédense aquí, coman, descansen, si quieren caminar por las calles caminen sin miedo, todo esto es de nosotros, pueden hacer lo que quieran».

En ese lugar pasan la noche. Comen algo. Se bañan luego de días sin poder hacerlo. Al otro día los recoge el mismo hombre y los lleva a un pequeño aeropuerto privado. El lugar es abierto y amplísimo. Tienen varios hangares y pistas, y por todos lados hay movimiento de vehículos, personas y cajas. Bajan del carro cerca de la avioneta a la cual deben subir.

–Aquí no tienen por qué tener miedo de nada –les dice el hombre–. Nada más traten de ni mirar a los lados. No se den por enterados de nada de lo que vean. Ya se la saben.

Entran a la avioneta y toman asiento en el suelo, cerca de la cabina del piloto.

No paran de entrar hombres arrastrando cajas. Las colocan en un costado, bajan y suben con otras. Pasan un buen rato así, hasta que lo llenan todo de cajas. Ni siquiera se toman el trabajo de taparlas, aunque por los bordes sobresalen cañones y culatas de rifles de asalto.



> Foto de Nelson, San Luis Río Colorado.

Cajas y cajas de armas, y, en el centro, Laura y su novio muy quietos, como un par de maniquíes.

En un rato, la avioneta despegó. El viaje dura tres horas sin contratiempos.

Al descender, los dejan en una casa de seguridad justo al lado de la pista de aterrizaje y los encierran. De momento, se acabaron las libertades. De ahí no tienen permitido salir hasta que les digan lo contrario.

La casa está muy sucia. Deben haber pasado cientos de personas por ella y no la deben haber limpiado nunca. Hay culeros llenos de mierda, almohadillas íntimas con sangre, papeles, trozos de ropa, montones y montones de cucarachas...

Al fondo hay un cuartucho al que el novio de Laura se va a fumar.

—¡Mira lo que hay aquí! —la llama y Laura se acerca.

En el centro de la habitación, tres estatuillas de la Parca se alzan sobre un mar de velas desgastadas y varios conjuntos de huesos presumiblemente humanos. Un altar perfecto para la Santa Muerte.

## §

Es de noche y el mal tiempo general de los últimos días ha dejado un cielo nocturno de oscuridad pura, sin estrellas, como una boca enorme que se lo tragó todo.

La luz artificial de las linternas que cargan los guías le permite a Nordys no errar su primer paso dentro de la lancha. Van acomodando a todo el grupo primero hacia los bordes de la embarcación, para luego rellenar el centro.

Llevaron cinco días en una casa cercana al puerto de Chiapas, esperando a que el mar se calmara para avanzar por agua hasta Oaxaca. Esta noche, según los guías, el mar les está dando permiso para partir.

Aunque Nordys difícilmente logra ver unos metros en cualquier dirección, siente el aire bravo y no le parece que el viaje vaya a ser muy sencillo.

El patio de la casa da directamente a un río cuya desembocadura está muy cerca. De ahí salen las dos lanchas, ambas repletas de migrantes. El corto recorrido por el río es sencillo, pero pronto salen al mar y la cosa se tuerce.

Como era de esperarse, las olas se hacen sentir cada vez más a medida que se adentran al mar. Los rizos del agua hacen a las lanchas brincar y brincar, y también a las personas que van dentro. Nordys se sentó justo en la proa y siente todos los impactos duplicados. Salta y cae, salta y cae, todo el tiempo golpeando con sus nalgas la superficie de la embarcación.

Las olas no paran de crecer. Pronto, los pequeños saltitos se transforman en una escalada larga que acaba en una caída al vacío. Llegan a elevarse tres y cuatro metros. Todos se agarran de lo que pueden. Nordys siente los golpes mucho más fuertes al caer. A algunos se les revuelve el estómago. En una subida, un chorro de vómito vuela sobre ellos y parece disolverse en el aire. Las lanchas reciben el impacto del agua por todas partes. Se inclinan a un lado o al otro y se alzan y caen y se inclinan y se alzan y caen y de repente un concierto de gritos se eleva por sobre el soplo del viento y el repiqueteo de las olas.

Nordys mira hacia atrás. La otra lancha se volteó y flota al

revés, aún escalando las olas, mientras sus pasajeros, por suerte equipados con chalecos salvavidas, luchan contra la tempestad para no alejarse y perderse en medio de un mar nocturno y embravecido.

La lancha de Nordys da la vuelta y entre todos ayudan a subir a los caídos. Luego se las arreglan para regresar a la otra embarcación a su posición normal. El conductor la prueba. Sigue funcionando. Sus pasajeros, sin más opciones, regresan y continúan la marcha con la esperanza de que no vuelva a ocurrir.

La travesía hacia los Estados Unidos es una eterna esperanza, un intento tras otro de convencerse a uno mismo de que lo peor ya ha pasado y no está todavía a la vuelta de la esquina, o en la próxima ola, o en la recámara del arma del próximo policía o narcotraficante o quien sea que a uno le falte por toparse.

§

En San Luis Río Colorado, a Nelson lo mueven en un carro por la noche. Van por un camino apretado y desierto. Todo se ve muy estrecho y vacío en la oscuridad, como si se movieran por callejones cinematográficos en los cuales, cuando más o cuando menos lo esperes, aparecerá el peligro para dar un giro de tuerca al guion.

El peligro, para Nelson, es una patrulla de policía, que aparece al doblar una esquina cualquiera. Cuando la patrulla enciende las luces y se mueve cerca del carro, Nelson tiembla, siente ganas de explotar. Está ahí, tan cerca... No puede haber un contratiempo ahora.

Y, de hecho, no lo hay. No pasa nada, solo el tiempo, y Nelson se da cuenta de que el vehículo policial no está ahí para detenerlos, sino todo lo contrario, los escolta.

El carro se detiene a un lado del camino, justo en la entrada de un monte que, en la oscuridad, se ve tupido como una selva de sombras.

—Entren por ahí —les dice el chofer— y caminen rectito rectito, sin desviarse. Van a llegar a un río, lo cruzan y listo, ahí pueden celebrar que están en Yuma. Después siguen caminando y encuentran a la Guardia Fronteriza. No hay más.

A diferencia de los migrantes de otros países, los cubanos, en esta etapa, cruzan con la intención de entregarse a los guardias fronterizos. Ya en territorio estadounidense, pasan un corto período en un centro de retención y luego salen con distintos estados de legalidad y con la esperanza de que se les apruebe un asilo político o de poder adherirse a la Ley de Ajuste Cubano y postular, tras un año y un día en el país, a obtener la residencia.

Con eso en mente, Nelson y las otras diez personas que van con él entran al monte y avanzan recto, como les fue indicado. Esquivan árboles y matorrales altos.

Encuentran el río y lo cruzan. Es una noche invernal en el norte mexicano. Las temperaturas están cercanas a los cero grados Celsius y el río no se ha hecho hielo de puro milagro. Nelson tiembla bajo su abrigo de tela fina. Las piernas ni se las siente cuando sale del agua.

Siguen avanzando. Esquivan un árbol por aquí, dan un rodeo por allá para evitar alguno de los matorrales más elevados, otro para evitar un árbol que les corta el paso por allá y otro por aquí y, antes de darse cuenta, están de nuevo en el río. Regresan. Vuelven a intentar hallar el camino y cada árbol les parece el anterior y quedan atrapados en una prisión de sombras y yerbas en donde no saben dónde está el frente, dónde atrás, de dónde vienen ni a hacia dónde van.

§

Se abre la puerta y entra el mismo hombre que los dejó encerrados en esta casa. Laura y su novio están desesperados, no quieren pasar un minuto más aquí y, por suerte para ellos, el hombre viene a darles la noticia de que ya se van.

Los monta en su carro y los lleva a un apartamento en el primer piso de un edificio. El lugar está repleto de migrantes de casi todos los países de la región.

—Solo falta una cosa por pagar —les dice cuando entran al apartamento—. Tienen que darme 500 pesos para el traje verde, ya se la saben.

La verdad es que ninguno de los dos sabe nada. Laura piensa que quizás sea una ropa especial para camuflarse en el cruce fronterizo, pero la idea le parece tan lógica como ridícula.

Igual lo pagan, no están para ponerse a discutir nada a estas alturas, y en solo un rato les dicen que se alisten. Ya van a cruzar a los Estados Unidos.

§

Nelson y su grupo llevan un buen rato caminando en vano, quizás media hora, quizás más, cuando uno de ellos logra obtener algo de señal con su teléfono y llama a su familia. Uno de sus familiares llegó hace poco a los Estados Unidos por ese mismo camino y utilizó una aplicación para guiarse, la misma que utilizará ahora para guiarlos a ellos.

Envía su ubicación en tiempo real a ese familiar y comienza a recibir indicaciones y a transmitírselas a los demás: «Por aquí a la derecha, vamos, seguimos recto, estamos bien, un poco a la izquierda, tenemos que desviarnos para seguir, me dicen que después volvamos a la izquierda, ahora... ¡Cojones! Perdí la señal. Esperen, voy a poner y quitar el modo avión para ver si... ¡Sí! ¡Sí! ¡Volvió! Estamos





> Foto de Nordys Torres en Texas, instalaciones en donde los migrantes pueden esperar sus vuelos una vez salen del centro de detención.

bien, hay que seguir por aquí. Seguimos sin desviarnos. ¡Miren! ¡Miren allá!».

La primera luz artificial de los guardias fronterizos se divide entre la espesura nocturna. El grupo camina rápido hasta ella. Se entregan. Los oficiales les preguntan si todos son cubanos y les piden que esperen sentados en el suelo y se quiten los cordones de los zapatos y los cinturones.

En el suelo, Nelson es un matojo de escalofríos, siente que su cuerpo pudiera convertirse en un témpano de hielo, pero, al mismo tiempo, lo llena el alivio cálido de estar finalmente fuera de peligro. Es como si no hubiera nada más de lo que preocuparse en el mundo. Terminó su travesía. Ya es uno más de la lista de los más de 300 000 cubanos que, al término de 2022, habrán atravesado la frontera sur de los Estados Unidos.

### §

Dos muchachos muy jóvenes, casi adolescentes, llevan a Laura y su novio en un carro. Bordean el muro fronterizo de los Estados Unidos. Paran en un punto, dejan el carro y los llevan a pie por el desierto.

El sol es fuerte. La tierra parece absorber todo el vapor del ambiente y soltarlo cada vez que le posan el pie encima.

Llegan a una parte donde la división fronteriza tiene un agujero por el cual cabe perfectamente una persona. Uno de los muchachos le da un manotazo fuerte a la pared. El golpe hace un ruido que crea eco en medio del desierto, reverbera y se expande. Justo en ese momento, desde lo alto de una elevación de tierra a lo lejos, aparece una patrulla de la guardia fronteriza estadounidense que se mueve en su dirección.

–Caminen sin parar hasta que los encuentren –dice uno de los muchachos.

La pareja de cubanos atraviesa el muro y camina. Por primera vez desde que salieran de Cuba, no lo hacen rápido ni preocupados. Laura siente que flota. Le parece que el miedo y el sufrimiento van saliendo de su cuerpo y se quedan en cada huella dejada por sus zapatos en la arena hirviente de las dos de la tarde en el desierto. Piensa que por fin dejó atrás cualquier rastro de crimen y de corrupción actuando sobre ella, sobre su cuerpo y su libertad.

La patrulla los alcanza por fin. A sus espaldas, el joven sigue mirándolos desde el lado mexicano, con los brazos cruzados sobre el pecho. El oficial estadounidense lo observa, parece hacer un gesto y después los mira a ellos.

–Y díganme, ¿cómo los trataron los coyotes? –es el saludo del guardia fronterizo, vestido de impecable traje verde.



## La Ruta de los Volcanes

- Sobre el autor -



### **Pedro Sosa Tabio**

nació el 20 de julio de 1998 en La Habana. Es licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana. Escritor, fotorreportero y periodista narrativo. Colaborador asiduo de la revista El Toque. Ha colaborado con otros medios cubanos y latinoamericanos como *El Caimán Barbudo* y la revista *Anfibia*.

# Comité Editorial



## María Mansilla

Periodista y editora argentina en Revista Anfibia Chile y Argentina. Fue coordinadora editorial de la Beca Cosecha Anfibia y productora del podcast feminista El deseo de Pandora. Docente del Taller de Crónica de la Maestría de Periodismo Narrativo de la Universidad Nacional de San Martín. Estudió Comunicación en la Universidad Nacional de Rosario. Fue relatora y becaria de la Fundación Gabo, además de cronista en Las 12 (Página 12) y editora en ELLE Argentina (Clarín).



## Ricardo Uceda

Perú, 1953. Periodista especializado en investigación. En los años noventa dirigió el semanario de actualidad Sí y la Unidad de Investigación del diario El Comercio de Lima. Condujo investigaciones emblemáticas como las matanzas de La Cantuta y Barrios Altos (1993) y la falsificación del millón de firmas para reelegir por segunda vez a Alberto Fujimori (2000). Ha recibido importantes premios nacionales e internacionales, como el María Moors Cabot, otorgado por la Universidad de Columbia.

Es expositor y conferencista sobre temas vinculados al periodismo de investigación, la libertad de prensa y el rol de los medios. En 2004 publicó Muerte en el Pentagonito, un libro de referencia del periodismo investigativo. Es director ejecutivo del Instituto Prensa y Sociedad (IPYS), y columnista de El Comercio.



